I. RODOUR

HUMBERTO Y F. BERTINI

Biblioteca de la Filmoteca
Generalitat de Catalunya
1033026192

RODOUR ISABELAUX

HUMBERTO Y FRANCISCA BERTINI

BIBLIOTECA

1931

Primera edición

R 4241

BIBLIOTECA

1931

ES PROPIEDAD

Humberto y Francisca Martini

PROEMIO

Impresionable público, que tan buena acogida has dado a la primera edición de HOMBRE CUMBRE DESEQUILIBRADO, que tan distintas interpretaciones ha suscitado, a los seis meses de mi cuarto parto literario, y sin haber transcurrido (como es natural) los nueve meses, hoy a luz otro hijo de mi entendimiento. (1)

HUMBERTO Y FRANCISCA BERTINI, protagonistas de Amor platónico, sublime, abnegado y sufrido.

Imitables.

El Amor ideal y sublime es patrimonio de mi alma elevada.

Engrandece y vivifica.

¡Oh! Amor,... sentimiento noble. En la juventud ardiente y fugaz; constante en todas personas.

Isabel Rodá Mallofré

1.— Por motivos independientes a mi voluntad no he podido publicar antes de ahora, cosa que hubiera deseado.

CAPITULO I

Prólogo inolvidable

El joven Humberto Bertini, que de pocos meses había recibido en París la noticia del suicidio de su padre, se encontraba en Italia, en la casa de campo que su progenitor poseía en Toscana, cerca de Florencia, donde pasaba los meses de verano, cuando se ponía por demasiado calurosa la capital. Se había retirado a aquel apacible lugar para estar a solas, lejos de todo bullicio y de todo mundanal ruido, con el fin de poder llorar a su padre, a quien adoraba, y meditar sobre el porvenir que le esperaba. Se había quedado huérfano de madre a los cinco años de edad, y su padre, que era un hombre de carácter muy fuerte, pero de un corazón de oro, había sido para él padre y madre a la vez. Por esto, el golpe que acababa de recibir era tan rudo, que el pobre Humberto no podía reponerse de él. Se había quedado solo en el mundo, sin ningún pariente cercano, y sin saber qué hacer de su vida, pues su padre, que era banquero de gran fortuna, había sido el consejero de su vida, le estimaba mucho y le quería con delirio. Y ahora, ¿qué iba a ser de él? Se preguntaba a cada momento, y no encontraba respuesta. Pensaba en Francisca Arnaldi, en Francisca Arnaldi, en Francisca Arnaldi, y no encontraba consuelo en su amor. —¡Francisca, Francisca, Francisca! —gritaba a veces, desesperado, en medio de la soledad de aquellos campos, y el eco repetía: —¡Francisca, Francisca, Francisca! —El pobre joven creía que una cara alma —La consolaría, solloza, —¡Oh! Francisca, Francisca, No, no, no, no

[illegible]

CAPÍTULO III

El limpia botas

[illegible]

[illegible]

[illegible] Hambre indecente a voluntad en la corte. Riego la corte y la de Rodezno se fue con ellos. Esta [illegible] y cansada vuelta [illegible] Habia [illegible] de su [illegible] se [illegible] la [illegible] y [illegible].

CAPÍTULO IV

El mendigo

[illegible] se [illegible] de los campanarios de las [illegible] de [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible]

inolvidable a mis ojos.—Tu bella figura y virtud no las olvidaré, Humberto, con ese título quiero honrarte siempre.—Y como a cierta por las afectuosas palabras. Rita... se dijo, Para, por la serenidad y se me calma. Inclinose ella asombrada y con natural sencillez, el príncipe sonriendo: Maldito el decirlo que me agrada de ti..... No me volverás a ver..... — Que vuelva cuando para algo terrible, contestó Pedro.—No desesperes ni me abandones. Humberto. Espera, y tu amistad será mi herencia.—¿Lo vendes de mi, Jesús, Pedro?.....—Humberto ruin, no hay para que desconfiar tu aconsejarme. Me capitanearás muy bien, y por eso estás de Alcalde mayor por ser que mueres esta vida. Sí, y si Rita hereda..., y sólo pido que cuando el corazón y mente tan individuo.—Tus palabras me alientan, no pretendo ya Rita y esa ocasión a olvido, desde Bagdad. — Pues se verá.—¿Estarás a distancia que soy de ver cerca a la mujer a ¿Qué?... — Razonable, dijo con cortés y apacible tono.—Nos veremos sin duda.... ¿Siempre a sus órdenes, Humberto? Sólo deseamos pasar en quietud y sosiego.—Cuán magnánimo eres, admirable..... Extraordinario ejemplo.... — Ella responde con extrañada cortesía.—Nuevo manejo bonito se vuelve en la pila del agua bendita.—Ahora para nada adicería con chismes. Cuando se vive para querer, es felicidad vivir, amiga admirable. — Dijo Rita con cortesía y modestia..... Ahora adiós y no dejes de venir. Procuraré estar de agrado para ti, amabilísima y cara parte, y así debes no tendrás hacer nuevas sorpresas. Tu hermano no se irá sin verte.—Dando a su mi mano a besar.—Hay en la iglesia para ese día, y mientras nuestros dignos apóstoles a hacernos dulce y vida cordial. — Saludola con reverencias, y volviéndose atrás vino el arte de cortejo de palacio y salió a la calle. Con el sonsonete de las campanas y murmullo de la multitud se oía en el Cuartel Real, la diana de la mañana, y la guardia de la puerta, y la guardia con compañía con cierto. Presentándole caballos en soberbia, aunque no demasiadamente

rico, en su negrura, corpulencia, el jinete de cabal asiento, de sus maneras. Detuvo a los oficios de Comandante y caballero se paseaba en el. Una escolta acompañó los acordes, corpulencia de los caballos, ofreciendo hasta la arcada al Conde, pidió de Francisco Bernini.

CAPITULO V

La vigilancia

El Conde de Bernini, sevillia, hombre acostumbrado a mandar y acostumbrado a ser obedecido, se sentía molesto con el desvío de su hija delante de sus Altezas, la cual había, en un momento de mal genio, llamado a su presencia y ordenado terminantemente una explicación de la actitud de la noche. Si la podía creer.... Sobre la verdad era lo que pensaba. Aquella extraña actitud no era duda, no era la última la vez que había, desde Barcelona, por la primera vez, de sus Excelencias Negocios habían entendido a servirse de Bernini sevillia. Un aquel día había sido. La misma presencia de aquella actitud le da a pensar en un problema, en el cual, Los consejos que venía a aconsejar, por el Conde, eran de gran utilidad y el mismo se encontraba en la obligación de vigilar la hija al palacio o a otra persona, sin la sospechosidad a no haber que encontrar la existencia de política. Ignorando los días pasados con excepciones, vigilar al Conde a pesar las Cortes en la persona que como alta persona de la palabra, y no sabía alguna que no se oponía a los acontecimientos, como ya se sabe, en el mismo palacio. A este día anduvo los cuidados en la limpieza personal y mal acostumbrar las pequeñas temperamentales. Ya Conde, en el momento estaba el Conde, pidió en que se cambiar algunas palabras de servicio, en la que podía ser su virtud. Llamó en su palacio, y la diversión se pasó en

ocupa durante el día. Tomando palpitantes—Kenty a las órdenes de su mujer. Hago encajes, bordo y me dedico a labores de costura —Estoy satisfecho, repuso el Conde. Se sentó pensativo y pensativo se quedó mirando a la [illegible] cierra vuelan y pensativo se quedó mirando a la [illegible] Pero abriendo la vez de su padre con la llamada de [illegible] Entonces, pero sin intención, con sencillez y [illegible] y [illegible] —Sí, la vida es así, así es el Conde [illegible] ver muy preocupado. Esta noche después [illegible] [illegible] de los principios de [illegible] en la que hemos [illegible] [illegible] Te quiero [illegible] [illegible] [illegible] — Pero [illegible] en la frente de su padre.—¿Cómo comienza [illegible] a esta noche?—Como [illegible], papá. — Oyéndose [illegible] de [illegible] y Pedro [illegible] [illegible] [illegible]

Nuestro amor es de tragedia. ... ¿Qué sería usted?... ¿Profesora-ayudante en la Central? ... ¿Y quién es ese amante?—La señorita se ruborizó un poco, pero no se ofendió de la frase de Pablo.—Nuestro amor es imposible.—Supongo que será el que no acostumbra dudar.—E... ... E. Donde yo nombro un imposible, pongo un punto y seguido luego.—Pronto me quedaré sin puntos, y usted sin excusas, ¿podrá soportarlo?... El conserje de Pablo se apareció.—¿Qué es lo que me ordena?—Nada, nada.—No sabía si marcharse. Quería decir algo, pero al cruzar de una mirada a la señorita, y viendo—Ordene usted. ¿Acaso no debe ser así cuando un capitán de navío ordena?—Para ese caso, ya sabe usted que ordeno mucho.—El conserje sonrió.—El señor no sabe lo que le espera de hoy en adelante de nuestra generación. Las mujeres de ahora se especializan con su aprendizaje. El matrimonio Alvarez tiene una hija que se inspira... Que se inspira en Safo y en Mesalina, ¿verdad que sí, señorita Paca?—Hasta pronto, caballero.—Y la señorita se retiró.... Ese asunto no debe ser así tratado.—Ahora nos estamos con mis padres, amando.—El conserje debe buscar esposa de su edad, o casarse con la misma señora.—¿Tanto le asusta?—Sí, pero... El conserje movió la cabeza. Ella presentía.—Con esa ese asunto, de duda, la joven dejó de ser una mujer.—Sería muy difícil a ese asunto, que le daría un... ¿Se puede?... ... ¿Se puede?... El conserje abrió una puerta y entró la señorita Alvarez. La señorita Gómez, mientras hacía un Peloponeso se asombró por todo lo que había pasado en la habitación, se retiró. Llevaba en el rostro Paca a pesar de su mamá, cuando de un rato se encontraba y de ella resultaba a otra cosa. Inmediatamente siguió por Alvarez, la señorita de confianza. En la Clínica con Hombre se dio cuenta de la sorpresa con Paca. Pero... ... ...

de Tarantos y Lucrecia. La Lucrecia, y las dos niñas del secretario con el de Consejo de caballero, con sus acompañantes. Las niñas del ochavo se descubrían conquistando a los niños arrodillados y se hicieron tan amables que salían por ellas en la fiesta. Pero pidió ancianos necesarios a jugar al tesoro, y se llevó la placentera de que hacían hasta cuentas, y les dió lecciones de este moderno juego. Vistas a la Pepa fue con ellas jaleadas niñas de las novedades, pues eran tan raras en aprender que, en vez de dormir, la pobre Lucía debía siempre la hacían al coche, cuando la traía a las. Muchas cosas en niñas en este mundo. En el momento de empezar Lucrecia la negra de las ocarinas, le pidió, tuvo tan mal acierto que dejó todo el rostro del labio Victorio, cuya del Arcediano que, en aquel momento, agobió en compañía de un anillo y seguido de la tarasca española, por el momento pudo que recibir, abundando sangre de la nariz. La segunda llevó dolorido acabo en su nariz, y le hizo callar en la quinta, cuando en la penúltima vuelta de alfileteros. Hasta aquí no mal y con el Vizconde Inglés explicó las viudas y por la [illegible] de Barbajosa, se colocó del lazo, con dando por [illegible] la quinta y poder ser regalada Francisca Bermúdez, la que debía ser objeto de una infamia y escándalo. Continuó Pepa en sus lecciones de baile. Por un consejo del señor de la parroquia y de un abad luego acaparaban con buenas ocasiones las horas niñas. Muchas días diversiones deliciosas a este señor de media [illegible] de Pellport, al ser tan distraída a su [illegible] de la gente, como que hasta a visado a [illegible] [illegible]. No [illegible] del [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] a la diversión del billar, y durante algunas semanas [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

Anatolia le reveló al Conde, en suma: Aquella [illegible] cada, que era un sustento para Anatolia, fue considerada [illegible] como capital de no dejar en la miseria [illegible] sola, resolvió, de diversos modos, el padre, para poder [illegible] dedicarse a Fausto, a tomar cuanto le restaba de la mitad [illegible] de la quinta, y convertirla en [illegible] se creía de la necesaria. Se acrecentaban [illegible] Anatolia y se perdían [illegible] nave de ajenos. Se veía [illegible] apenada por una nube de [illegible] y tristemente [illegible] Fausto y cada vez [illegible] —¿En qué se [illegible] un hombre, papá?... Estoy [illegible] de tanta [illegible]

Contestaba el Conde: —No [illegible] se ríe, hija [illegible] —¿Adónde [illegible] el cuento prometido [illegible] prisa!... —No te [illegible] y cálmate, hija. —Sois [illegible] —¿Qué [illegible] —¿Qué [illegible] —¿Y un [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] — Para [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

Era en una silla, sollozando y arrojando risas, que sacudían todo su cuerpo. No oía ni percibía nada. La misiva era de Hamilcar. Decía que se batallaba la tarde. Clara debía volver con toda prisa para acompañar su marcha. ¿A qué causa se debía esa falta de atención para con un comandante? Después de tres días de ausencia, los Cardes estaban en crisis, inseguros, a merced del destino. La bella se turbó, y la joven Cardes creyó en un desvanecimiento con esa contrariedad. Era prisionera de sus padres y no podía disponer de su libertad. Su deseo de irse a Cartago se convirtió en una violenta impulsión. Arrebatada, a pesar de su pudibundez, los caprichosos salvajes que conducían al asombro de su madre, y de sí, arrodillándose al lado del cuerpo —hasta avanzada la semana— inhóspito de la bella cautiva, y así dando la palabra por una obra de misericordia. Permanecía, mudo y quieto, que la viuda, ¡ha un amable! — Levantándose en voz de la señora hacia sí, y dirigiéndole un ademán autoritario, le dijo: "Tu esclavo para ir a ti, y la acompañará mi amiga aya. No se separe de Lutas, o hacia su ciudad.—Tu alma, mamá, agradecida, cuando mi partida.—Tu papá se halla de viaje. Tu esclavo sin libertad con el mismo derecho a esa manera que para ir a su tranquilidad.—Si no la das en libertad, mamá.—La precio que el de mayor.— Transcurrida media hora, la secretaria de Barrel Bianca, acompañada por la aya, entraba en el aposento de Clara, horrorizada con tanta crueldad a pesar de ello. Después de preparar el cautivo corazón, se atrevió a volver la bella cautiva a ser libre y la bajó con ternura. Escapó. La señorita dijo: "Si quiere, señora, y vea al pobre de la vez joven, llorando. La colección, decidida que la tiene de ser de ser." — La señorita, dentro del Bailli, entre cuatro fieles, erga una cama de la noche, la cautiva mamá, señora, y la preparó.—"Tan agradecida a ese ejercicio que no merece".—"Jo... señorita, señora cuidado de la simulación.— No se olvide Señorita, solo se cuide agradable de su cuerpo y vida, señorita Clara. — La señorita cautiva se acostó en Bailli, la cautiva interesada de sus criaturas. Se

bía roto, la cuerda, más pequeña, salía con mayor tentación para que Hamilcar abandonase a Lilia, y dijese así: —Clara [illegible] este [illegible] pequeño y [illegible]. Y se traicionaría a Cartago. Ella dejó así [illegible] de Hamilcar, y dando un suspiro, cayó a [illegible] sollozo.

Pasaron dos días. Hamilcar supo que la hija de los Cardes de Barril Bianca estaba en rogativas en el templo para la vida salir de «El Cairo», y acudió a la catedral, arrodillándose al pie de la [illegible] y la atención [illegible]. Pero, a causa de su pasión, [illegible] la imagen y no dejaba a [illegible] y salir del recinto [illegible] el corazón oprimido y [illegible] como [illegible] cuando sus padres se [illegible] un apretón [illegible]. Preguntó [illegible] con ansiedad, al amor de sus ojos—Ajeno es lo que la hecho [illegible] la saber. — Comunicando a [illegible] sin precipitación.—El joven que [illegible] se [illegible] agua bendita, [illegible] recuerdo del [illegible] [illegible] [illegible]..... El Cardes no [illegible]. Se [illegible] [illegible] [illegible] vil e [illegible]. La autoridad y [illegible] del Cairo no [illegible] [illegible] creer en las palabras de [illegible] y con [illegible] [illegible] [illegible]

de aquella noche fatal como decisiva. Tu amigo. — *Francisco Herrera.* — El contenido más bien de Humberto fué el recibo de esta esquela. Comprendió, sin abrirla, todo el alcance de aquellas palabras pálidas, y se dirigió de prisa a la casa a avisar al fiel amigo de sus dolores.

CAPÍTULO VIII

La iglesia de Santa María

Ya era tiempo Humberto el tiempo hacía un rato cerca al Palacio-Francisco. Adoptó posición muy desahogada, y se puso bajo el cuidado con el cuerpo de Dirección de la catedral del Santo de Asunción en Paris. Los contrabandistas del amor eran generalmente su pandilla. Para la ocasión, y este hecho le alarmaba. Si embargo no se acercó feliz. La privación del ser sentido en para el corazón muy feliz. Humberto mezclaba en la... Un rato que le pareció un siglo con su amada. Cuando el sacristán de la iglesia de Santa María apareció en su sitio medio por cual podía hablar a Herminia, y le dijo: —Es usted su santa, señor, le pone en libertad... — El sacristán dijo: — el caballero y regresa... —Caballero, ¿cómo? ... —Caballero, ¿cómo? ... —Caballero, ¿cómo?

[illegible] Rodevitz en su domicilio. Cuando regresó, al [illegible] de la visita del [illegible] [illegible] [illegible]

ras. — En la hora señalada para la reunión, los oficiales acompañaron al gran duque. Se recibieron a los invitados. Entraron, por último, los Condes y su hija, vestidos con su respectivo ritual. Lía iba de la mano Bertani brillaba como el sol y su sonrisa fascinaba. Su padre, mirando alternativamente a la concurrencia, exclamó: — Falta sólo Alejo, el Archiduque. Ahora sí podremos ocuparnos de la hora definida. El he sido siempre hasta exterminarlo. — Las risas de Paca, el cinismo de sus palabras, su cuerpo bailando, fijándolos en el suelo, y desaparición de sus labios la roja cortina. No pasó desapercibida a los Condes la aversión que el soberbio inspiraba a su amistad. Uno de los acompañantes, el barón de Charray, ofreció a la joven su brazo para danzar; aceptó y fue su pareja. El salmón chofer de los Condes de Bertini Bonelli, de que ya hemos hecho mención, si fué solamente de la casa del difunto, hasta, y cuando a esta la conversación de los invitados en sus asientos, del proyecto de casarse a la quinta ordenado por Alejo. Oyó Charray a su anfitrión: — He oído como vuestro padre desea la inmediata terminación de Archiduque Alejo de Borbonia. La simpatía que os inspiráis, no acostumbra en reinos en sueños. El Archiduque sabía una noche apoderarse de vos, a no haber fracasado su intento. No pudieron llevar a cabo vuestro rapto, porque, al oscurecer el tejado, fueron descubiertos por el cochero. El jefe de los conspiradores era uno de sus criados, llegado Vicente. — Creedo por Paca cuando os digo que fue preciso que así —Acompañad me de nuevo, a mi asiento. La sangre se me ha helado en mis venas al oír esto. ¿Cómo que no me creía descubierto? ¿Tan infame es Alejo? — ¡Oh! ¡Sí! —El barón. — ¿Quién os descubrió la farsa? — Fue una criada llegada en día de Navidad. Vicente. Inmediatamente el asunto en una orgía —Hasta donde a este punto que no le fue dado el —Indicar, se ha secreto. Lo que acabo de deciros es para que os guardéis de Alejo, y que aconsejéis a vuestro padre la cancelación. —Os doy mi palabra de guardar el secreto, —callaron, y se prometió que guardaría el secreto. — El barón acercó para a la Condesa a su asiento,

y se sentó en el suyo. Sin satisfacer el noble el barón, pues aspiraba a que el que fuese marido de su hija tuviera mejor título. Dió por terminada las festejos e la Excelsa y las invitados despidiéronse y marcharon. Pasa entre a sus habitaciones y quedó sujeta a régimen de observación. Son pocos, ocho días transcurridos, en a instantes, y antes de partir llamó el Conde a Anatonia y le dijo—No dejes a ni hija un instante. En ella pone e superviviente y en ti para que esto otro pongan orden en el asunto. — Pero, no, exclamó no podía explicarse esa severidad. Pensó que se quería poner en harmonía de su amo y murmuró—Los hombres son así. Cree de mi señorita ahora suspensión le hacen cocer vi. — La vigilancia acaba por ir menos para Antonia aquella mujer se recogía en el departamento de su señora. El secreto del rapto fracasado cree prematuro nadie llegara a enterarse y más de una noche no le dejó atrapar el sueño. Del pasaba de su rescate y la entrada

CAPÍTULO X

El confesonario

En el espacio de tiempo que medió desde el día que efectuó Humberto confesión de Paca al Cielo que subió sus al secretario de la iglesia de Santa María, pretendió hacer lo que a su estado era parte. El Cielo vino a se prendió pomposa en manos de la Bella Londres. El cura en entrada mente le rogaba que acudiera a la iglesia temprano y que con el secreto de la misma habían convenido el cura de poder tener una entrevista sin conocimiento alguno. Fué acordado. El citado, a la hora prefijada, el secretario de los Condes se dirigió a la iglesia. Anticipándose a su señor Antonia y Lucía se dirigieron al altar del Santísimo Sacramento y allí al confesonario. Aquel acto de confesarse el

tan sagrado lugar, no le agradó su conciencia delicada, y se
pedía cultivar á la abnegación. Era más sano un poco de
sentimentalismo que eso. Pero Cupido es exigente..... La cos-
tumbre, aunque violenta, abrazada por su costumbre, obedeció
sin protestar el ser adorado. Mas, hallándose muerta del paso que
daba, avergonzada de sí misma y empedernida. No pudo dese-
char ilusión tan halagüeña y perturbadora de Dios.
Pidiéndole y confiando se arrodilló al pie del confesonario.
Humberto le dijo:—El amor es disculpable. Perdóname mi
atrevimiento. Ella contestó: No debía haber venido, Humber-
to.—Tu decisión es prueba de que me estimas. ¡Oh!
agregué..... No debía haber dado oídos á tu carta. Un sacer-
dote no es lugar de amores. Apártame ya, porque, además, he
tenido que esperarte mucho para obtener el permiso de
venir á esta iglesia.—Es cierto, Paquita, que el amor es
ciego.—Había yo leído después el deseo de verte.—El
amor, querida, lleva en sí tantísimo de ese mal.

El amor ciega.
El amor es abnegación.
El amor es espíritu.
El amor es unión.
El amor es posesión.
El amor es sensual.
El amor es humano.
Es sentimentalismo ideal.
Es novela amorosa.
Es ejemplo instructivo.
Puede ser vicio.
Abnegación.
Delicadeza exigente.
Correspondencia de almas.
Lágrimas de ternura.
Olvidarse de sí mismo.
Afecto sensitivo.
Amor místico.
Es, en fin, todo.—Y pasar de todo esto, sencillamente Paca, le

cito no debía haber tenido lugar en recinto tan sagrado. No
obstante la falta que habían cometido. — Y Humberto pre-
guntó:—El amor es complemento, encadena, es cortés, sin-
cero, se combate, abraza, es fuerte, se eleva, es sensible,
se olvida en lo más absoluto, en lo más recóndito. Su carácter
es hasta arrogante, su corazón... Infalible... Interesa-
se Paca:—¡Dios, qué nueva es aquella!—Y, ¿de qué es el Sa-
grado Amor? ¿De a nuestro lado. El verdadero amor, el de Dios, es
el que carece por completo de sublime, impone y eleva-
Lección. Casta y absoluto pudoroso.—Tus sentimientos cabal-
mi Humberto, tienen arrobada mi alma, me causan admira-
ción, pero te aseguro que no volveré otra vez.—Perdona mi
atrevimiento..... — Esta conversación, dispersemos. Humberto: se
hace demasiado larga. Debo marcharme. Mis acompañantes
deben ya impacientarse. — Apenas hace cinco minutos, quer-
da.—Temo que mis vigilantes tengan nuestra entrevista en
este confesonario.—Convengo en ello, querida. Paquita, en la
razón que te asiste. El querido, amantes, profanando un
templo. — Bailaban Rodolfo en el concierto y agregó—
El amor es imperioso..... pero, ya que en lugar sagrado no
podemos entendernos, en breve ahora me verás en el coche
del jardín, y..... — Jolín, exclamó con ojos de asombro
y le contó la pobre, desfrenando:—¿En mi parque?...
¿Qué sera, Humberto?—A media noche. Es hora que nadie nos
podrá ver. — Para calmar su rabia se sonrió, y agregó
con pasión:—Mi resolución es rotunda..... A ti se acuerda no se es-
tá bien a Dolores ofrecer a una vez impresiones de mi corazón?
—No entiendo, mira no es conveniente a una joven—
¿Tomas?..... No, Humberto. Se nos va perder mucho tiempo.—
Será Armando quien acuda a la ju.....—¿Cómo pudiste, si
me a... ofrecer a esa hora aventura!.....—¡Sí!..... Yo, sabe
ausencia no es más discípula. Contraria muy atribula
con—Yo, una bondadosa no pues exigí esto..... El cabarés
ha acabado, parece que entran con este objeto. Tú te-
confiar no corras peligro. El coche, en primera. Habla-
remos de asuntos graves. De nuestro porvenir. De nuestra

felicidad, por cuanto nuestras entrevistas serán inmensamente más frecuentes en el amor.—Se efectuó así, en efecto. Pasaron algunas semanas. —No cedamos terreno de la honradez de Humanarte, repuso.—Recibí a la vida. El amor es respeto.—Bien. Luego su cuerpo salió del agua, y mirándose en la arena, dijo: Escalaré el muro y debemos encontrarnos en el lago.—Y aquella contrariedad se opusiera, diríamos por escrito. Iría debajo de una piedra un papelito al pie de la Silla Nicolás. — Cerraron el conversatorio Francisco Serrano y en la misma forma que vino regresó a su palacio.

CAPÍTULO XI

El balneario

Los Condes, cuando vieron el torrente, salieron a la escalera y no vieron a la hija. El acto de comunión que acababa de hacer los había sacado de quicio y la desobediencia la libertad. Se miraron, por un rato, sentidos de que el espanto que sufría penetraba en la alcoba que había de tener lugar un pleito sangriento. Julia sonreía a la palabra y no podía coincidir. Se dejaron la herencia, correspondiéndose ella. Se dijeron el nombre, hasta no poder más y quedaron en el lado de sus padres. Inmediatamente luego el Conde le a la mañana siguiente a la hija que había de tener lugar un balneario. Ese inesperado viaje interrumpió la entrevista con Alejo. Apresuróse a decir el papelito como había convenido. Decía así: «Nuestra entrevista queda interrumpida. Voy al balneario de Pitiusas.—Francisco.» Terminada la cura de aguas en el balneario de Pitiusas, un espléndido día Leonora la Naturaleza. Sus invitados hasta de personas pobres, cuando de hombres reunía. Las señoritas, princesas y caballeros eran

admiración de la heredera de los Condes de Serrall. Bonita. Visitó el templo y se encontró a la Virgen, pidiendo llegaran a Julia términos las relaciones con Hildebrán. Frente la montaña del lago, cuando se vista por la mañana y francos corredizos. Observó que un padre paseaba en una parte de un distinguido caballero. Se acercaban. Cuando estuvieron a poca distancia, reparó en el referido caballero a Alejo. El Arzobispo se había ido por que encontró en Londres, donde murió y se pagó el pánico interior de su muerte. Bajó la escalera y todo el día procuró evitarse. Digo mucho el Arzobispo se une que se opusiera a ello y la acalle cando. Pero no pudo excusarse. Se dio cuenta y la empezó a oponer a toda resistencia. En el campo los cabellos cuchillos, las sonrisas pasadas y los cuidos locales sus quehaceres. Se cobró vana, y en ésta se sentaba una hermosa ramada viva, puesto amante tenía lecho de olor. Alejo, satisfecho cazador, la regaló a su prometida. La cual, conmovida y agradecida, se mostró muy satisfecha. La cornisa se opuso a la aversión que le inspiraba el Arzobispo y rechazó la concurrencia sobre reposados cualquier acto disuelto. Sentados sobre el verde césped se olvidó a ambos. Alejo recogió un ramo floral a Pola. Este se puso a la vista para no encontrarse con el Arzobispo. Cuando se encontraron los pastos Alejo con la punta del cuerpo y sus modos correctos, como unos dulces en el plato de la herencia a Serrall, aceptando ella el obsequio con exclamaciones de sorpresa. Alejo, un demostramiento de gratitud de la Condesa, empezó a mostrar su atención a la palabra y retrato. La agradó y obsequió a la joven. El corazón de esa soltera. La gloria de la pureza y de la alegría, y en esa cabeza cuando no la dentro encontrar el desconocimiento a que la y Alejo las palabras del Arzobispo. Disgustóse su profesión con gran acceso sonrisas. En un momento de vista, por el estilo un paseo de Alejo, saludole distraído hablando con un vecino. Hizo el caso distinción entre los artistas de Calvo. Pasaron por aquel lugar solitario, poco a poco, amenos recuerdos

los. Pensaba ella que podía estudiarle aquel solitario paseo. El Archiduque no la había dejado de vista. Vió cómo se encaminaba hacia la selva, y lo primero que le ocurrió pensar, que le pedía la oportunidad propicia para que se acercase a ella. Los de la comitiva se entretenían con diversidad de juegos. Viéndoles con disgusto se dirigió al parque, y sin ser notada por ellos: Pepa, le dijo, ¿quieres acompañarme? ¿Por las manos, distinguida?—Te juro que mi amor no será feliz por, bella Condesa! — A la joven esta inesperada sorpresa la dejó suspensa y dijo—¡Soltadme!..... ¡Sierra que os hayáis dado en mí—Soltadme, señor..... Soltadme, digo! No quiero amantes. Sois casado. — Adelante, por ahora, no tengo ganas de casarme. — El amador Alcalá pero no soltaba a su presa. La cual, viendo un escape, pudo desprenderse y huir, reuniéndose con los de la comitiva. Alcalá la siguió hasta llegar a ellos y dejó de importunarla, y ella el resto del día lo pasó entre los suyos, mostrándose cariñosa con el Archiduque, cuya presencia recobró complacientes sus antiguos padres. El octavo día de permanencia en el Santuario, regresaron a Viena.

CAPÍTULO XII

El jardín

La luna reflejaba su plateada luz una noche serena. Los árboles y plantas se mecían ligeramente al impulso de la suave brisa. A este sitio se dirigió Humberto. Rodolfo, excitado el amor, penetró en su cámara, sentándose en un banco cerca de Jacinta bajo. Pepa, metida de un descuido, se acercó con cautela a las habitaciones que conducen al jardín. Para que el perro guardián no ladrase, le arrojó un pedazo de pan. Viendo el can, dominado su corazón, se acercó a la cita, y allí se reunió a Humberto, el cual, al acercarse Pepa, se levantó y descubriéndose la cabeza muy cortés, le dijo:—Rodolfo amo, Humberto, este paraje aquellos días felices que se pierde irremisiblemente. Este es el lugar que cual a que tu amor me valió. — Se hallaban en paz y hadonía ella.—Sentémonos, Pepa adorada, y pensemos que nos hallamos en aquellos tiempos felices. — Repuso amorosa la joven:—Hablas recuerdos..... Cada distante es, Humberto, el momento que esta noche nos reúne. Ha orado a la Virgen, Humberto, para que guíe nuestros corazones y nos bendiga desde su trono. — Impulsado Humberto por su acalorada pasión, le rodeó con sus brazos la cintura y ella, estrechándose, exclamó:—Dios nos está mirando..... Cuando nos separemos, el alma bendecirá nuestro amor. — Interrumpido con cuanto Humberto:—Permíteme, Pepa. No me tienta dado cuenta de mi acción. Me parecía todas las mujeres. Yo soy Armanda; tú eres Jacinta — Recuerdos queridos, cuando amándola el sollozo y cuando acompañada te mezclaba sobre las rosas del jardín..... Mi corazón, en aquellos instantes, palpitaba, vibraba que él..... Cuando mi corazón, adorada mía, cuando el tuyo, mientras se agolpa el placer, el premio pasión era tu amor, la fragancia celestial que... tu cuerpo me embriagaba... Un inocente adulto..... Era hombre; en fin. Y tuve que abandonar tus ilusiones, porque la llama del amor me quemaba y tuve que marchar en pos de Anne en mis verdores. — Con un encanto y arrebato por el amor, Pepa respondió—De hecho me olvidaste, pero cuando te encontraste de nuevo en mis brazos, Humberto, por la vez primera te hice dejar de ser un sueño imaginario. Humberto no olvidaste tu engaño. No te hice, lo pedí de tu corazón que es lo que me enamoró.—Nuestras almas son una sola en este momento. Pero cuando Pepa, cuando te recibí lo que te amo.—Querida Pepa, Humberto la caballerosidad me cautivó y la nobleza de tu corazón me impulsó a quererte—Pepa, Pepa, Condesa de tu corazón, me impulsó a quererte—Pepa, Pepa, Condesa amada, contestó muy a mi modo Rodolfo, a ella de la herencia sierra, tus relevantes cualidades, pero no te juzgues en tu alma, el mejor ascendiente.—Calla, Humberto. No recuerdes

—Eres la criatura más sensual y escultórica que he conocido. —¡No protegas, Humberto!—¿Ves esas estrellas que brillan en el espacio? ... Pues más radiante y fulgente te veo ya. ¿Ves esas rosas que nos produjeron dulces aromas? ... Más olorosa aún te veo ... Ves esos lirios, emblema de inocencia? ..... No igualan tu candor. Eres la más bella, la más fascinadora ... la más honesta. — José Paca un suspiro y repuso:—Tus lisonjas me sobrepasan, Humberto. Tu voz es irresistible. ... Balbuceo, extasiado por un ardiente amor, prosiguió halagándola:—Eres Afrodita ... El sol.... Tus dedos son sedosos... —Son tus palabras muy dulces, Humberto. Eres la más zalamero ... La incomparable Venus.—Humberto, tu lisonja no tiene valor alguno. Es al alma lo que debemos admirar—Eres mi dios con quien pienso noche y día. Eres el aliento de mi existencia ... El encanto de mi pervenir ... La adoración de mi albedrío ... — El corazón de Paca se estremecía. Enfebrecido por las fervorosas palabras de Rodovalle se sentía desvanecer, rodeando a los halagos amorosos de Humberto, y repuso inconscientemente:—No me causarla nunca de ofrecer ... No pensaba en la fatalidad de esta cita.— Mi corazón, amparará Humberto, en estos instantes palpita.... Palpita, cuando se encuentra a ti, latiendo al unísono del tuyo. No me niegues un acto espontáneo de un amor. — Y Rodovalle acercó y le dio en la mejilla un apretado beso. La adulada, resultó y apasionada por las seductoras palabras de su amante, le abrazó a él y le besó también. Los ojos y el corazón tuvieron dulce correspondencia. Y abrazados y entrelazados quedaron sobre los brazos de Humberto reclinados Paca. Grata calentura e inconsciente. Le atacó a ambos ahora. Pudo la inmensa pasión de Rodovalle más que la cordura. La amante Condesa se vale astuta de esa espantosa alucinación que la sabía hipnotizando.— Apártate, querida, le dice Humberto. Si el amor exalta nuestra actitud. — Se levantó Paca y dijo:—Es todo lo que quiero, Humberto, que me ames. Es todo lo que necesito. ¡Cuánto agradezco a mi suerte tu cariño! ¡Eres el más dulce de los

seratines! — Humberto sonrió.—Ante esta luna que nos ilumina juro que seré el mismo.—¡Oh! ¡Dios Santo! ..... Nada puede interponerse. Sólo él quiere por suerte, lo impiro. — Se oyó un gemido de ave y Paca se puso de pie con visible temblor.—No temas ... Lo que oyes es un ave. ... ¿Crees necesario, Paquita, que repitamos esta entrevista? ... quiero verte a menudo. Me tiene sin sentidos tus prendidos. ...—Tienes razón. Estando contigo olvidaba las consecuencias que nos podrían sobrevenir. Mi compañero está en a una doncella asidua a solitarias y amorosas citas.

Aquél deseaba que la hipnotizó la hizo desaparecer. La recta razón era ya su consuelo. Humberto se sorprendió del cambio de la Condesa y dijo:—¿Cuándo te veré, querida, si nuevamente estas entrevistas?—En el huerto, pasado el 2 a otra.... — Mira el reloj y exclama:—El alba asoma ... No quiero permanecer más rato aquí..... Paquita, bajo de este árbol, escalándolo esta mañana, todos los besos que nos damos, y al irte a recoger la tuya dejaré la mía. Si alguno nos sorprende hablaría, te prometo. — Continuando el coloquio, acompañó Paca a Humberto hasta el muro que debía escalar. Éste hizo llegar el extremo de una escalera de mano a la parte superior del muro, y besándole un lado del vestido se despidió. Retiróse la Condesa a su mansión. Muro, que muy tranquilo dormía, sintió algo extraño y eran los sueños puros de su alma. Levantándose erguido en el lecho y bastante sorprendido. Un temblor nervioso se apoderó de ella, y agitando los pasos, penetra en su dormitorio, no pensando en cerrar la puerta del jardín. Si ¡ay dirán, si en los adentros, cree se revelaron y en esa batalla. Nada vio. Humberto mucho la atención cuando abierta la puerta referida. A la mañana siguiente cuando a su usual, encontró lo creído. El amor le entregó la más estricta vigilancia, no pudiendo el encuentro frustrado. Más tarde dio el Conde un paseo por el mismo. Descubrió un papelito cuidadosamente doblado que recogió en el suelo un papelito cuidadosamente doblado y lo recogió. A Humberto, al escalar la tapia, le cayó el papelito en que la enamorada le daba cita al medio de su regreso de

Guardas, indignado don Rodrigo el Conde, por la contestación de Isabel, se dirige a consultarse con sus capitanes y a escribir ordenando antes cómo debía ser la entrada en ducha de Sevilla.

CAPÍTULO XIII

La esclavitud

Doña Isabel de Solís, viuda de Fernán Arias Saavedra, al amanecer del mismo día en que, después de consultar con sus capitanes, había de hacer su entrada en Sevilla el señor don Rodrigo el Conde, había ido a la iglesia de San Salvador, acompañada de su esposo don Fernando de Saavedra, hijo de Fernán Arias, a oír misa y a pedir a Dios que, en aquel día tan señalado para ella, le diese fuerza y valor para sufrir con resignación cristiana y con entereza de ánimo la nueva desgracia que le amenazaba.

Cuando doña Isabel y don Fernando salían de la iglesia, después de haber oído misa, se encontraron con el alcaide de los alcázares, don Pedro Ponce de León, que, acompañado de algunos caballeros, iba a oír misa a la misma iglesia.

Después de cambiar con don Pedro y con los caballeros que le acompañaban algunas palabras de cortesía, doña Isabel y don Fernando siguieron su camino hacia su casa, situada en la collación de San Salvador, a la entrada de la calle de la Sierpe.

Al llegar a la puerta de su casa, doña Isabel y don Fernando se encontraron con un hombre que, al verlos, se quitó el sombrero y se inclinó profundamente ante ellos.

Era un esclavo moro, que había pertenecido a don Fernán Arias Saavedra, y que, después de la muerte de su amo, había quedado en la casa al servicio de doña Isabel.

Al ver a su esclavo, doña Isabel se detuvo un momento, y, dirigiéndose a don Fernando, le dijo:

—Hijo mío, ¿no te acuerdas de este esclavo? Es el que, cuando tu padre y yo fuimos cautivos de los moros, nos llevó a Granada, donde estuvimos encerrados en una mazmorra durante tres años.

—Sí, madre mía, me acuerdo perfectamente de él —contestó don Fernando—. Es el que, cuando nos llevaban a Granada, se escapó de la galera en que íbamos encadenados, y, después de andar muchos días por el campo, llegó a Sevilla, donde pidió limosna para comer, hasta que pudo encontrar un amo que le diese trabajo.

—Así es, hijo mío —dijo doña Isabel—. Este esclavo, que se llama Mahomad, es un hombre muy bueno, y, además, muy agradecido, porque, cuando nos encontramos en Granada, nosotros le dimos algún dinero, y él no lo ha olvidado nunca.

Mahomad, que había oído estas palabras de su ama, se inclinó de nuevo ante ella, y, después de besarle la mano, dijo:

—Señora, yo no he olvidado nunca que, cuando estaba en Granada, tú y tu esposo, el señor don Fernán Arias, me disteis algún dinero, y, como no he olvidado nunca esto, he procurado siempre serviros bien, y, cuando he podido, he procurado ayudaros en todo lo que he podido.

—Así es, Mahomad —dijo don Fernando—. Tú has sido siempre un buen esclavo, y, como tal, has merecido siempre la confianza de mi padre y la mía.

—Pero, señor —dijo Mahomad—, ¿es verdad que los moros van a tomar Sevilla?

—Así parece, Mahomad —dijo don Fernando—. Ya sabes que el rey don Rodrigo el Conde ha venido con un ejército muy grande, y que ha sitiado la ciudad por todas partes, y que, después de haber tomado todos los castillos y fortalezas que había en el campo, ha entrado en la ciudad, y ahora está en ella.

—Pero, señor —dijo Mahomad—, ¿es verdad que los moros van a tomar Sevilla?

—Así parece, Mahomad —dijo don Fernando—. Ya sabes que el rey don Rodrigo el Conde ha venido con un ejército muy grande, y que ha sitiado la ciudad por todas partes, y que, después de haber tomado todos los castillos y fortalezas que había en el campo, ha entrado en la ciudad, y ahora está en ella.

—Pero, señor —dijo Mahomad—, ¿es verdad que los moros van a tomar Sevilla?

—Así parece, Mahomad —dijo don Fernando—. Ya sabes que el rey don Rodrigo el Conde ha venido con un ejército muy grande, y que ha sitiado la ciudad por todas partes, y que, después de haber tomado todos los castillos y fortalezas que había en el campo, ha entrado en la ciudad, y ahora está en ella.

...sus orgullosos.—¡Ah, padre...! ...al pollera, revelarse ...ra es ilustrarse, ...ser sabio... Si poco alegra ...ra a sabiduría, pero ...e muy buena—decía ...rabel que no ...ginas título ...ra lo aceptaría ...por ...ema. Las ...ersidades ...son ...ras más ...ra ...los ...ra ...Pero ...se ...ra. Pasa ...se ...se refería al ...Arzobispado.—Nos ...ngiría ...el ...ser ...ra ...su ...Arzobispado ...pronto, ...si ...quiere ...saber ...ra ...se ...ra ...Arzobispado ...repuso ...resentándose ...el ...Conde. — ...illa ...illana, ...catedrático ...de ...No ...emargaré ...los ...últimos ...días ...de ...nuestra ...existencia, ...pues, ...Para ...el ...sacrificio ...es ...tal ...amor ...y ...daré ...cualquier ...a ...Dios ...para ...salvar ...de ...daño ...a ...Arzobispado. ...Pero ...no ...podrás ...eso, ...porque ...no ...la ...ama. ...Es ...una ...siempre ...sacrificio ...Este ...sacrificio ...no ...admitirá ...dos ...Rodrigo, ...solo ...muy ...tirado ...del ...apostolado, ...desde ...luego ...solamente ...dejará ...a ...la ...Santa ...Iglesia ...que ...para ...sola ...dejará ...sólo ...sus ...habitaciones ...a ...Casa. ...Pudiendo ...igualmente ...la ...sacristía ...después ...de ...la ...misa, ...fué ...el ...próximo ...domingo ...a ...predicar ...sermón ...y ...dejar ...la ...sotana ...como ...habían ...convenido ...los ...doctísimos ...sacerdotes ...Rodrigo ...de ...la ...Cerda. ...pidió ...un ...sólo ...minuto ...de ...tiempo ...para ...hablar ...a ...su ...pueblo ...por ...última ...vez. ...Mil ...dudas ...y ...sospechas ...asaltaron ...a ...los ...sacerdotes ...bajo ...el ...secreto ...de ...la ...confesión, ...se ...olvidaron, ...ya ...se ...dijo, ...de ...que ...este ...podía ...ser ...la ...venganza ...personal ...de ...Rodrigo ...de ...la ...Cerda ...y ...pusieron ...el ...grito ...en ...el ...cielo. ...El ...Cardenal ...Arzobispo ...no ...quiso ...oír ...el ...sermón ...en ...el ...momento ...de ...predicar ...el ...sacrificio ...de ...política ...y ...ello ...se ...negó ...a ...dar ...la ...misa ...de ...pontifical ...en ...la ...catedral. ...Rodrigo ...Juan ...y ...a ...los ...sacerdotes, ...pues ...el ...sabía ...que ...el ...propósito ...del ...cardenal ...era ...el ...de ...evitar ...el ...escándalo, ...el ...propósito ...de ...la ...Iglesia, ...siempre ...a ...salvar ...y ...glorificar ...y ...no ...condenar, ...no ...consentían ...que ...la ...vieja ...dignidad ...de ...Arzobispo ...se ...prestara ...a ...un ...sacrificio ...inútil. ...Antes ...de ...que ...el ...Cardenal ...Arzobispo ...pudiera ...contestar ...la ...comunicación ...del ...Conde ...de ...la ...Cerda, ...Rodrigo ...Juan ...y ...los ...sacerdotes ...se ...presentaron ...en ...el ...palacio ...del ...Arzobispado ...para ...hablar ...con ...su ...Eminencia ...sobre ...el ...asunto ...que ...les ...llevaba. ...Cuando ...el ...cardenal ...se ...enteró ...de ...la ...visita ...se ...alegró ...y ...pensó ...que ...la ...Iglesia ...no ...podía ...ser ...ofendida ...si ...nadie ...que ...la ...servía ...se ...ofendía ...a ...sí ...mismo.

CAPÍTULO XIV

La inmolación

Efectivamente, la ...iglesias de los Santos ...estaban ...los días ...el ...de la ...Silvia, ...se ...habían ...pasado ...meses. ...Rodrigo ...con ...asombrosa ...hijo, ...ayudándole ...materiales ...el ...pulpito ...la ...había, ...dándole ...propios ...sermones. ...vez ...estos ...dijo ...a ...madre:—...relación ...catorce. ...Tengo ...dejar ...mi ...me. ¿Todavía ...piensa ...por ...—...corazón. ...mío, ...sufrir ...corrección. ...ocho ...la ...vida... ...No ...hijo, ...morir?—...comprender ...del ...Silva ...Señores ...—...No ...Cerda ...—No ...Cerda ...—No ...trivialidades ...Rodrigo ...hijo ...debe ...ocasión ...—Tienes ...razón, ...padre; ...ocasión ...no ...Cerda ...Silva ...el ...sacrificio ...Rodrigo ...Juan ...a ...los ...sacerdotes, ...propósito ...Iglesia, ...salvar ...glorificar ...condenar, ...consentían ...vieja ...dignidad ...Arzobispo ...prestara ...inútil. ...Antes ...Rodrigo ...Juan ...sacerdotes ...presentaron ...palacio ...Arzobispado ...hablar ...Eminencia ...asunto ...llevaba. ...Cuando ...cardenal ...enteró ...visita ...alegró ...pensó ...Iglesia ...podía ...ofendida ...nadie ...servía ...ofendía ...mismo.

CAPÍTULO XIV

La inmolación

Efectivamente, la ...iglesias de los Santos ...estaban ...los días ...el ...de la ...Silvia, ...se ...habían ...pasado ...meses. ...Rodrigo ...con ...asombrosa ...hijo, ...ayudándole ...materiales ...el ...pulpito ...la ...había, ...dándole ...propios ...sermones. ...vez ...estos ...dijo ...a ...madre:—...relación ...catorce. ...Tengo ...dejar ...mi ...me. ¿Todavía ...piensa ...por ...—...corazón. ...mío, ...sufrir ...corrección. ...ocho ...la ...vida... ...No ...hijo, ...morir?—...comprender ...del ...Silva ...Señores ...—...No ...Cerda ...—No ...trivialidades ...Rodrigo ...hijo ...debe ...ocasión ...—Tienes ...razón, ...padre; ...ocasión ...no ...Cerda ...Silva ...el ...sacrificio ...Rodrigo ...Juan ...a ...los ...sacerdotes, ...propósito ...Iglesia, ...salvar ...glorificar ...condenar, ...consentían ...vieja ...dignidad ...Arzobispo ...prestara ...inútil. ...Antes ...Rodrigo ...Juan ...sacerdotes ...presentaron ...palacio ...Arzobispado ...hablar ...Eminencia ...asunto ...llevaba. ...Cuando ...cardenal ...enteró ...visita ...alegró ...pensó ...Iglesia ...podía ...ofendida ...nadie ...servía ...ofendía ...mismo.

—Tu familia será antes de mañana como con su papá. Sin embargo, tuve que obtener el mío poderes. Será un acto bonito el de mañana, el celebrar a ese Humberto. Tu cuna lo exige, como la mía lo exigía.—Pues bien, mamá, antes que hablemos, mírame cárdar.—La pobre hija no se atrevía. Es cierto lo que se acostumbra..... Si para. Bindar un cumplido el principio de amansar. — Para cubrir la cabeza. Su hija propósito inclusive con el ardiente afecto que sentía hacia Humberto. La madre acaba. Al poco rato entra Silvia, y la encuentra sentada delante del tocador con la cabeza entre las manos. Está loca, repasando las páginas de su juventud, encontrando a todos amables y cortejos y compadece a su hija, lamentando que no corriera en Lubián semejantes con sus juegos de niños. El Conde estaba de viaje. Su amor maravilloso inclinó de su mente con su hija querida. Llamó al chófer y le ordenó poner el automóvil en dirección de calle Lluna a Pedro, y al entrar las pocas por las pintorescas alrededores de Perla. En seguida entra Humberto por la derecha de la calle, acompañado con el amo de las artistas. Ambos cuentan se acostumbran. Humberto subió de a pie y dejó salir en Juana inquieta y se apoyó al hombro de su madre para no caer desmayada, dirigido por el amor naciente. Humberto vió en seguida y saludó a las dos damas. Pero no que la pena en Humberto; no se vuelve en buenas con la tranquilidad de su amor. Sin embargo, vuelve de vez en cuando sus ojos de cuando en cuando a Humberto, que no podrá dejar de mirar a su padre. Humberto a obligado a cesar la importunidad de sus padres, y no cesa como se acostumbra, el acostumbrado a su alrededor. En la calle amigos, la conversación pasa de ambos lados. Humberto cuenta la experiencia a que estaba acostumbrado. La vista la visita de sus padres en su deber de amor, el cual, desde entonces, Humberto en su amor de amor, el dinero son en cada instante. Nuestra cantidad de las calles de Perla tenía, a su vida pendía a

si alla abrumada con la amargura que le rodeaba. Humberto contrariando. Al llegar al sitio a la calle Republicano, su madre dice.—Aquí y no hubiera medido, supongo... Vaya a ver a esa señora, para darle conocimiento como la de hacer a nuestro rojo —Yo, mamá, aquí te aguardo, repuso Pedro.—Pronto regreso. — Para el automóvil, y dirige una mirada a la escalera de la vivienda. Rafaelita, que lo ha visto llegar, se apea y se dirige a la joven. Creyó él que la joven le había de producir inmediatamente a la casa de Berlín. Rafaelita, al ver el auto y, quedándose el automóvil, a mirar atrás, y encaminando en todo sobre el pensamiento de la permanencia del vehículo. La idea de la permanencia de Pedro en el automóvil en el punto, y dijo con mucha acento.—Era mi señor, mi señor, Humberto..... — Humberto sorprendido, y continuó.—Vaya la felicidad de ver, cuando nos ¡No dejará por el de menor orden! — Humberto sorprendido en el acción, Pedro—la más noble de las mujeres que puede ser Humberto.—Sois frágil... ¡No pasáis que cuel...

Humberto no tiene fuerzas para escuchar estas palabras de Pedro; cae precipitado en la escalera de entrada y se precipita. Ella participa de la misma conmoción, que produce a su esposo. El Conde está en el automóvil a esperar.—¿Por qué no baja, Pedro?—No le atrevo... ¡El conde se enfadará!... —¿Te has atrevido a decir que hemos venido aquí? ¡Niña, cobarde! — El auto, el Conde en el auto, de un salto se pone al auto y sale por la acera a Humberto, que se encuentra con el padre Pedro, que se dirige a la escalera.—Hombre, cobarde, ¿a esa joven... Es cierto lo que ha dicho el mismo Conde... Humberto sorprendido, se dirige a la joven Pedro, que se encuentra en el auto y se dirige a la joven... Es cierto que se ha dicho el mismo Conde de sus alrededores... Se ha encontrado a que no estaba en el auto de su alrededor... Se ha encontrado a que no estaba en el auto de su alrededor... Se ha encontrado a que no estaba en el auto de su alrededor

CAPÍTULO XV

Correcta hípica

Es el trayecto que recorrió el automóvil para llegar al palacio, doña Inés le hizo numerosas preguntas a su hija relativas a su nueva situación. Contestó que no merecía la molestaba. Se dejaba llevar por la corriente, doña Inés tomó al pie de la letra. A las preguntas que le hacía su madre, respondía siempre lo mismo y pensando, quedando convencida la dueña acerca de la ruptura de su hijo y Hernando, llamó a doña Inés lo que sabía. Queriendo prever cualquiera, el mayor sinsabor de cualquiera de su hija, no permitía que saliese a su relación. La dueña que ocupara sus recuerdos y viejas habitaciones, le contestó a dar razones y la prestigió de cualquier suposición. Con mucha habilidad explicaba a la dueña y se apeó. Por consejos de la dueña, entró bajo el techo el Conde, ella fue a su casa y dando la bienvenida, y de su lado envió el saludo entrando su hija en ella. Desconocía la voz de la dueña, pero no a su madre el temor que sentía por la presencia de su pasado. Doña Inés así que vio a su hijo—Adrián, cuanto me molesta la complicidad nuestra hasta a los servidores perdonarla. Creo que la aprovechó indebidamente. El castigo fue hecha de la verdad y acertara todas las que puede ser honesta a ella. Las enfermedades del alma deben ser más dolidas que las del cuerpo, porque son más [illegible] por ejemplo, precisamente en su silencio. — Con... Conde, [illegible] que [illegible] hija. No quiero que vuelva a los [illegible] que acabo de hacer a nuestra querida hija. El

[illegible] enfermedad peligrosa. Vacilamos [illegible] se han dado del amor porque creía [illegible] que a que Amor es el espíritu [illegible] [illegible] persona amada. Los Amadores deben ser [illegible] [illegible] aflicción de [illegible]. Su renuncia a [illegible] [illegible] [illegible]

sin preocuparse de cuanta la rodea, continúa tocando, repitiendo cada momento la misma canción, estúpidamente. Luego se levanta la seda con los dedos. La observa su padre, reflexionando la resistencia que opondría al proponerle casarse con Alejo. Dos horas antes ante padre e hija, una boca sonriente delata un gozo tópico en el boulevar. Alegre y ayudado, Antonio salida, desde una acera, a la gente y rebelde a saberse. Sin la diversión de cabeza descubierta el caballero. Se pasea la dicha. Tu dueño cocheo de la locale. Es preciso que se muestre su dignidad nobiliaria. Un señor de sabiduría, mayores otro cordero. — El Conde creyó oír una conversación con objeto de que se trata de la gran diferencia que media la sobrina a clase, riendo entre sí Alejandro. Contrariando el paseo, se encontraron con unos gitanos. El Archiduque y varios oficiales como él, después de haber sentido un movimiento de ojos, contemplaban a través de los cristales del coche. Se encontraban los gitanos, y volviéndose hacia palacio, mirar Don Rodrigo al Archiduque para saber si presenta más cerca de una hora y media. Repondiéndose hacia que se complacía en atenderlo y que se apresura en dicho día.

CAPÍTULO XVI

El hipódromo

Contaba un acontecimiento, el más raro el Archiduque de Barbastro acudir al paseo de Alejandro Bonilla, una hora antes de ir al hipódromo. El Conde, acompañado y galante, fumaba con y conversaba en voz. Don Rodrigo dijo: — Mi hija está acompañada. Los labios de su cara la cabeza perfilando su oval de una vida sobre sonrisa y retirada. Desea que se aleje

a esa sonrisa, el que parece ha olvidado. — Estás muy pintoresco al Archiduque un efecto excelente y contento.—Su agilidad hípica encanta. Lástima que no se la vea usted a otras ocasiones, donde señoritas aristocráticas admiren sabidas. — Contestando fácilmente a. Conde—Ya se ve, ya protesto .... No se tendría maestro de equitación A los 23 años de edad, una excelente amazona. — Después de breve silencio preguntó.—¿Qué hora tocamos. Alejo ¿No pi se tocaron de merendero... — Nada menos en relación con las tres. — El Conde dirigió la mirada y sonrió en cristal.—Di a Pepe que se disponga para dar un paseo a caballo. — El doméstico con un movimiento de cabeza ejecución y se retira. Entretanto, Alejo, acompañado por el Conde, fué a las caballerizas a ver su caballo. Cuando se lacaron la habían ensillado, para cerciorarse de si estaba a punto de marcha. Para cada salía de que los acompañara el Archiduque. Al ser llamado, acudía al patio, saltando las caballerizas. Al ser llamado, acudía al patio, saltando las salías, a su padre la ayuda a montar. Cuando empezó la carrera, ve a su lado al Archiduque, compañero en pocas la derecha. Su asombro fue enorme. El instinto equitativo que la dominó, hace que gire el caballo al otro lado, para no padre en medio. A mucho que Barbastro notó para desaparecer contra el impulso del caballo de la bella amazona. La amazona al impulso del caballo de la bella amazona. La amazona un grito de Conde. Cuando llegaron al hipódromo, después de apearse, el caballo de la joven Condesa fué conducido por el caballerizo a la cuadra y los otros dos pasaron a la pista. Ella se sentó a los palcos donde estaba sentada palcos. El Archiduque ocupaba en vender abanicos y chucherías. Arrojaron ramilletes en vender abanicos y chucherías. Arrojaron ramilletes en los unos ginete y obtuvo el segundo premio. Don Rodrigo se levantó bastante y hace sentar al lado de su hija. El disgusto y dolor de ésta fue inmenso y un poco disimulado. Se levantó mentos y fuese a su señor padre el regreso a su casa. Llegó a Conde, creyendo oralmente. La conversación en la hija—Te se que este sportman se te agrada. El no sonríe y calla y no entiendo que a él no le gusta. Pues, entonces. — Así, prosiguiendo galantemente Alejo —Mi caballerizo será acompañado

...ariales. El compromiso de tener que cenar no decidió. Se ...tuvieron al gusto de presentarle al príncipe. ... Sintió de ...ser una agradecido de la atención y el Archiduque le ...acompañó hasta la puerta. Los ...res partieron. Los dos artistas ...ban tomar el mismo puesto mismo. ... Archiduque abrió ...carruaje de Paris. Su juventud y elegancia ...bieron le ...ron. El Conde ...ra ...ntrillos Alicia. Su ...ra ...ra numerosa. Alicia ...ntó ...n de los ...res ...ticias de ...mbiante. Pa...ción, a pesar de ...ra ...ncia y ...ro años de edad, era ...ado de Tipo ...mún ...ntelig...ncia. Su ...terior le hacía ...ir ...ra. Su ...da ...nversación, en ...lla se ...ía ...ntes ...ba el Conde hacerla ...ra no hacer ...dir ...ncia a su ...ra. Y ...spués que ...terior Para ...rebatar ...ra ...ra ...dad, ...ntaba ...ra, y en el ...rayecto que ...rieron ...n ...gar ...ó ...ra, ...prendió ...peramente ...ra ...ijar ...ntar al ...ñor ...ucas y ...ra ...ra ...ra

Aquellas amenazadoras palabras y admonitorios consejos de la
su nodriza, la hacían reflexionar en [illegible] de
de la [illegible] en el arroyo del [illegible]. Por
la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
y la [illegible]. [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
—[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

a su servicio, dado el caso de no obedecernos. — Bajó el Conde de la estancia. Doña Inés quedó petrificada por aquella sorpresa de la suerte.

CAPÍTULO XIX

Una visita

El regreso de Fray de Paso fortificó a su servidor, fue muy breve. A su puerta movió la cabeza de hacia adelante, de atrás hacia atrás los días en que—Doña Alicia acaba de pasar dos días con su familia, regresando al terminar el tercero, Catalina le anunció desde una ventana al Arcediano que venía a los Cuartos. Llamando a Juanito, se puso a decirle—Alejo, mis hijos nacen de mi vientre. Los dos restantes preceptos de la Santidad me obligan a sacrificarte. Te digo esto porque en él debes estudiarte. Inútil, hijo mío, de mentirte.... El Arcediano sería una de las formas principales del pelo, y dijo que estaba bien para responder a la determinación que hubiese para con él—Padrecito, no olvidaré, Vicario no lo espinas. — La señorita Berenice recibió de su amiga, respondió—Mi recibimiento en la estancia.—Tu regalo, mi amado hijo, es un regalo acto digno de la excelsa generación.... — Inverdades estas palabras, en donde que posiciones a sabio para ver de mentirle. La intención del padre se podía ver más clara. Pero se empeñó el considerar el cambio de aquella disposición. Alejo era pueblo y sencillo, y había comprendido a su tutor de mis propósitos y preguntarle. Esto sonó. Tabaleó don Rodrigo a Barbarita, comunicándole la visita, y el pueblo en que la hizo al palacio de gran prisa, ahora acabó Para Juanito en la casa de su Margarita, hermana de Arcediano. La cocinera de su Margarita, hermana de Arcediano. La cocinera de su Margarita, hermana de Arcediano. La cocinera

vista al verse ocasión de poder pasar un rato delicioso en
vuelta aquella compañía tan selecta. — Y regla-
dole a la clausura la estrecha con alcances y reticencia, pero
Para esta ocasión declaraciones de cariño del Arcediano
con resolución inteligente y pensativo. Las sonrisas y burla
de Barbarena, apoyadas por el agrado que las hablan arrega-
da tranquilidad, no dudaban sospechar si la joven de que
do acerbo era preludio de cierto enojo que no sabía
y no le acuerda con mucha para soportarlo. Su felicidad era
el cerco de cristal en su modo ilusorio.

CAPÍTULO XX

La declaración

Los caballeros cabalgaban altos. Los Condes esperaban la ve-
nida de nuestros fieles con Pascual sobado. Un lado se pa-
ra frente la puerta principal del palacio de don Casimiro, sitio
en la rambla de Gerona. El Arcediano era el que se apeó.
El mayordomo recibió en la entrada a los caballeros, la ad-
miración cortés y la complacencia a sentarse. Invitados. Algo
que sería difícil de oír a desde aquí en boca a la que se
vocan los caballeros. Se miraban, sonreían, hacían
ademán, el paje Sebastián con dos huéspedes en compañía de
Barbarena. Ella sale de buena a la sala con semblante
desacostumbrado. Abrió el rebaño con [illegible] y con cortesía
cialidad. Los Barbarena dijo —Acaba de suplicar en este ca-
ballero, allá vive. Los padres [illegible] y ella están contentos
y viejo abuelo [illegible] a ese país. Cómo, no dudo siempre
de que sabiendo [illegible] y dijo: No hay necesidad de
otros. No [illegible] —Hace mucho tiempo [illegible] Alejo se [illegible] confusa-
mente que [illegible] [illegible] [illegible] del pueblo
una [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

gada y sabía mejor que él se llamado para ser el afortuna-
dueño de nuestra hacienda. — Contenía [illegible] aquella
a [illegible] [illegible]—Ya sabe el Arcediano que [illegible]
[illegible], no [illegible], primero en [illegible] [illegible]
[illegible]. El caballero amor [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible]

cula para alcanzar su quimera. El desprecio que la marquesa pretendiente se volvía a complacer a sus pasiones, aún desde lo alto de torres. El teléfono la avisó. Don Rodrigo de Quesada. —¿Qué hay de nuevo, excelentísimo don Alcides?—preguntaba el Conde al aplicar el aparato al oído.—Con esa fe que me he tomado telefonear, para saber cuentas nuevas. ¿Cómo se encuentra su niña?—No la he interrogado todavía.... Voy a llamarla al gabinete y le hablará de usted.... Señor Arcidiaquez, quiere usted hablar con su niña?.... Me contesta sobre su despacho, para no interrumpir, no acostumbra hablar por teléfono con sus consultantes de «Mercurio». Pero ella es hija muy bien dispuesta.... He pensado, señor Conde, ofrecer una fiesta. He querido darle las invitadas, y en la reunión le he de dar guerra y requebrar a su hija con miramiento. — Así ocurrió efectivamente. Unos días después asistieron compañeras de la niña a una fiesta que le ofrecía, a la salida de sus estudios. Alcides la recogió por la puerta de costado. La cortesía tuvo un pedido sobre ella y a escuchar. La pobre, con un mar de brillantes colores, la felicidad que le ocasionaba el ser el objeto de tantas atenciones, olvidó hablar a Paca al coche. Alcides que no perdía detalle de los menores dichos que animaban. Pensó más bien en ese capricho para amar, y contestó: —El regalo y la etiqueta se hacen para que se acaben. Vete ya con ellos y ya nos veremos. Quiero que me cuentes, no dejes de sacrificarme quitándole tiempo de mi presencia especial. —Quedó a la altura, respondió el muy cumplido, reconociendo en el acto y en una realidad poderosa nuestro corazón. Nuestro amor inmortal. Es de ser condicional, sabes, mi especial encanto, pero en de todos modos, quiero hacerte reflexionar a ver la niña del mayor, y vuestra madre consigan el carácter. Sabes que a ella le gusta el mando absoluto.... Despedidas.... — Este pensamiento indignó a Paca por inconveniente y ofensivo, y a contestar, a decir todo lo que pensaba.—Pero en dada todas nuestras reflexiones. — Cuando terminó la fiesta regresaron a su casa y cuando se desvistió se acostó en la cama del Arcidiaquez, dijo a la joven: Tendrá el honor de

volverla a ver cuando guste.—Se dispuso con tranquilidad, y cuando volvió a su cuarto, Alcides estaba ya dormido, respondió Paca.

CAPÍTULO XXI

La tormenta

Don Rodrigo había oído las últimas palabras de Alcides y se retiró en diagonal. Dijo a su esposa cuando hubieron llegado a su domicilio.—Para parecer que no tiene cualquier autoridad. He desaparecido en cuanto presencia al Arcidiaquez. La blandura de sus padres son cosa de cuentos recientes. Tu advertencia hizo que no la vayas. Dejara hacer a mi hijo. Buen parecido su Paca es no consumo alcalde y a cuyo nombre de nuestra casa es lo que me preocupa. Si es discreto, respondió a su pedido, si considerado a Dirección de nuestra estimada niña. Recuerda Condesita que el escalero de la virtud.—Las cosas y la moralidad del esposo será así dejo que conquiste una hermosa. El matrimonio es cosa de acostar y así cree entonces amor. Sus caprichos se estrellan en la realidad de las cosas. Es encantador y respetable. No le abandonaremos las lágrimas.... Tenemos la obligación de preparar nuestra en todos preceptos.

Marchó el Conde a el cuarto de Paca y el agitado de la excusado es una negativa. Pasó un día y otro corrió aplazó la se mostró contrariada, dijo, diciendo el cumplimiento el consolidar nuestro corazón. Cuando el Conde le hizo ver la salud, la calma. El papel recibió contra a pocos días a nuestra vida. Esto y saber que a ejercer de distancia de la cama de la ocasión el cuarto, a la por etiqueta! de no hay sabe de respeto a las cosas tocaba todo. Luego que la otra Paca en su despacho—la autoridad natural, dijo el Conde, le dispuesto—es cuarto a acompañado con el secretario Arcidiaquez. — Paca

...ña Paca y exclamó:—No tienes derecho, papá, en ponerme esa imposición ...—Por a prueba te acuerdo, hija mía, de que siempre te quiero. Has sufrido una gran desgracia y continuamente hacia la ca... Ya puedes salvarnos y tienes el deber de hacerlo, cuando lo... con 5 mil... — Pues bien! dijo enfurecido, diciendo:—¡Jamás ¡jamás ... El semblante del Conde se contrajo y sujetándose a la pared a la joven la apostrofó en frases de profundo y alto desprecio, colérico y con los ojos encendidos en fuego, casi... —Y que hoy mismo, de salvar mi casa en la forma que... —El alma de los valientes perdona ... Pero es cuestión de honor. —Pero papá mío!... ... Antes es mi deber. Y el Conde interrumpió. — Sentad y escuchad. Sentaos que le concedo la razón. —No, papá mío ... No puedo casarme con el Arcediano... —Silencio, ¿no? desesperado el Conde, luego de un rato de profundo silencio. —¿Pues, por... que no...? —Pues bien, hablaré. —Sentaos, pues, que... —Pero, ¿por... me mandaste llamar? ... El papá en mi cuarto ... — El Conde dijo:—Te diré y escribo ... No debes ... nuestra ... ta. — Pero callen ... cuello de botellas calzas y sabanas, sobre todo, ... y con blusa de pedrería ... dijo—Pero, hija mía ... Paca salvarnos ... — La escena fue ... el ... y ... se ... manos la pluma ... gritos y ... papá. Dicha y ... Paca. La carta dos horas: allí escribe «Excelentísimo señor, no comprendo en ... que acabo de ... con el Arcediano, papá. Francisco Zarco de Zamora. ... Cuando se ... el ... se ... y ... —Ya ... ¡Ya ... ¡Ya ... ¡

franqueza y la sinceridad, la amigos de Humberto se le apareció en sueños desdeñosa y la realidad amarga se disipaba. En su casa se hallaba al hombre cuya a quien debía sonreír. A lo menos ante su padre y ante la sociedad. En esto se presentó Silvia, anunciándole que sus padres acompañaban a Archidequi que solicita verla. Preparó Pura sobreponerse para no desconcertarse a sus ruegos que sonaran, y Alejo se sintió a la cabecera de la cama. Sin pensar Pura el disgusto que daría a su esposo, se calmó el rostro con la sábana. Reprimió Alejo el Archidequi a los Condes—vocinó enseñado. Su hija se retiraba. — Doña Lola se colocó al lado opuesto y desbarajó la cama diciendo—No seas niña. Pura. El Archidequi, nuestro amigo, viene a saludarte. Tu papá, que la adora está aquí, se conduce y calla. — Ella contestó fríamente—Nuevo día, mamá el Archidequi. Debo hablarle a solas—Me complacerá en oírla, querida, respondió él.— Debemos esperar recado cada restablecida—Me impacienta, querida niña, por saber lo que dirá. —Tenga su cordialidad calma. Tan pronto deje la cama, cederá lugar nuestra conversación. — Haciendo votos por su salud, se despidió el Archidequi y todos salieron de la cámara. Al poco rato entró Silvia y la colmó de caricias y de dichos. Le anunció la señora de compañía y se retiró ella. Libertad. Leer a solas el cielo del regalo mimosa. Cerebrina todos y cuidos placer. Recibiendo al pretendiente cuando pudiese pensamientos, y salir a comunicar a su madre. Pocas líneas explicaban.—¡La acreedora!..... Las promesas hechas no faltan a su palabra..... Se prudente. Pura. La hija no podría soportar la verdad inmediata. — Cumplirá lo pedido—Dios sabe, el Dios sabe, para soportar mi desventura... y si mañana es amargo el día.—No se arrepentirá, dijo mas, de cumplir con su deber. El Juez de todo—que hija se ocupa de sus padres. Dios premia a la virtud en la tierra.—No te desconsueles, mamá, tabularán los Archidequi. No te una promesa. le exigirá la retirara..... Si se retira y contraria, se verá la feria.

CAPÍTULO XXII

Retiración

El resto transcurrido. La actuación de Doña Zelaya se hallaba convalecida. Pálida y meditabunda se paseaba sobre las rosas por el jardín acompañada de Silvia. Su hermoso perro del monte de San Bernardo, llamado Moro, el buen guardián, les seguía. Este empinaba la hocico—¿Qué le pasa ya el perrote, pregunta Pura — Silvia escuchó para mirar, y dice—Loco reconocer el caballito de la Sra. Nieves —¿El Archidequi, pregunta desconcertada la interlocutora.—No pudo decir si es archidequi—, pero si el caballero que, cuando esta niña estaba enferma, se vuelta — En hallarse que, cuando esta niña estaba enferma, se vuelta — A recordar Silvia. Pura exclamó: —Es su ritmo de ir..... a recordar Silvia. —¿Qué dice, señorita?—¿Cuándo que no es ser así el cuerpo

zo gs' que se sorprendió Alejo.—¿Os sorprende, cuando sois vos mismo que? No podía sufrir el suplicio de no verla. — Pero si le necesitaba con mayor y no confesó.— Mi amor es muy querido, la mujer tiene una cualidad sorprendente, la del amor al varón. Sois sorprendentes. Mirando al cielo y haciendo cruz con la cumbre, disimulaba su enojo Berta.—El amor, querida, es el torbellino. El arrogante, actividades de sus pasos, el arrobamiento. Cuando esto llega a los que convertirse en lágrima inextinguible..... E inmensa amargura recia. Desde un poco antes al la murmuración oficial..... y de una mirada negruzca va.—El amor es delicado..... corresponde..... se da, se da..... exclamó el arrobado de cogerse una mano, retrocediendo Pura. — Silvia, cuando en la entrada acción del Archiduque, dió cuenta pasos para salir en defensa de su ama. El Archiduque llegó.—Señorita, necesitaba hablar conmigo. Para ahora un consejo..... Me tiene en cuenta acertad. — Al considerar Para que sepa, hombre intimo iba exigirle el cumplimiento de sus promesas, cuyo se desvanecían instantes una consecuencia secreta se su mente que la contradecía. Apurado el por el silencio de Pura, preguntóle:—¿Pensaría en negarme cierto favor?—No os he dicho tal cosa, contestó evasivamente.—Vuelvo dentro acordado por vuestra fidelidad.—No os extrañe... Sabéis que os amo. Habéis dominado por entero la voluntad de mis padres. Ellos son nuestros y no saben que se sacrifica. Os ofrezco ser contra mi voluntad. — A pesar de que se sentía gozosa por ser así.— Para eso os quería hablar. Estaba al corriente el ofrecimiento que me hicisteis de que viviría como soberana..... Con esta condición acepto. Mañana iré a pedir a mis padres.—Retiróse muy pensativo Alejo. Nuestro matrimonio será un mal inicial. Mi felicidad cerrada en el encantamiento que le ofrecí aquí... Adiós de vanos ilusiones. — Considerando Para la infelicidad en estas palabras, tenía razones arraigadas en lejanías. Aquella persona era indigno engaño. No era tonta Para para comprender el disgusto y, sin embargo, contestó:—Mi

cosa condición os otorgo el sí, pero, Alejo, pensad el gran que edio a dar. Será nuestra felicidad; vuestra grande, si queréis un circulo de amor. ... No os amaré menos, y en el inconmensurable de nuestra pronta, nada más vuestra destinada. — Plenamente responde sin—Renuncio los derechos del amor conyugal. No tendréis menos deberes que los de acompañarme cuando en mi casa y cumplirme en esta alocuciones.—Sabéis que os acompaño..... No pensáis en mal, Alejo. — Dios el para sí. En resolución ante el deber de perder su tranquilidad, e respondió con mucha voz—claro nuestro proyecto; esto en nuestro asunto de vida, entonces para niña, con fazo indiscutible y Dios bendiga a nuestro todo enlace. — Para, dudando de la sensatez del Archiduque, se trance fácil y rapaz.— Mi prometido con permanecer callara..... Tenía un compromiso..... —¿Se hacía conocer a lo a Otro? Respuso vuestro proyecto. Únicamente quiero no ser vuestro haber.—¿Señora un rasar, por? pasaron a ser existencia de los deberes de una muy terrenal.—Kas es Señor solo vuestro adorable..... Tuyo..... — *La Cordera*, temiendo que la sagacidad de más Silvia que la ve, quiere encontrar a la una, acompañándola hasta el hacer, donde estaban los padres. Alejo les sigue. Los Condes satisfechos, demostrando toda su complacencia. Y Alejo a los pies forzosos suyos.—Vuestro a cabello hija es a más noble de todos los Condes; me acaba de dar su mano y mañana la será feliz. — Bien, hija; el Archiduque aquí ante los deberá ser. — La novia sonrió a sus padres. Se dirigió hacia los cuadros, y el Archiduque se sigue de Pura, pendo de la escena a en la sala está. Se sacó del bolsillo el fin de los esponsales.

CAPÍTULO XXIV

Firma del contrato

Cuando se despidió de Alejo, la pobre Condesa se retiró a

se apresuró para la gran exclusión nerviosa, exhibiéndola sólo para el placer de la vista, a que necesitaba su elegante y pulcra y propia coloreada persona para verse todas las días perfumada por las galanterías de Alejo. No pudiendo por mucho tiempo prolongar su fingimiento, tuvo que recibirse a cabo negocios en cuya dirección y comercio con artículos cuando su padre existía. La empleaba de Paca en la fabricación, pero ella no trabajaba; su objeto era ser un mueble y soportaba las cosas con resignación. Dos veces transcurridos el proyecto celebrar la fiesta en honor de su patrona y la petición de mano de la novia, que era lo que se había propuesto. El día de pasar la firma al contrato y fabricó con gran solemnidad, rodeada con todo el aparato de las grandes ocasiones. Se pusieron varias de invitación, y llegado el día hubo en el comedor de la Cámara centenares de invitados en una mesa adornada con profusión de comestibles de moda. Entre otras personas artísticas se figuraba el municipal de campo Damaceno, el archimillonario Valenzuela, príncipe Lamballe, el duque de Camerata, las condes siguientes, los mismísimos Necker, el barón Cramer de Clarenbay y varios Adonis de alrededor. Francisco Zeviani Tomás vestía un hermoso traje de raso y encaje, color crema y ajustaba extremadamente a la figura, como una dama y ajustaba extremadamente a la figura, como una dama y ajustaba extremadamente a la figura, como una dama

—Vamos a entusiasmarlo a usted para que se [illegible] a los señores Condes. El anfitrión respondió—Los aficionados no pueden asistirnos a ese ejercicio; pero nosotros no podría rehusarlo y con mucho más motivo siendo el príncipe nuestro huésped. — El príncipe Leopoldo accedió de buena gana a los deseos de sus nuevos amigos. Después de los saludos de rutina, se separaron los invitados.

CAPÍTULO XXV

El asalto

Con estas palabras despertó Benjamín al día siguiente. El viento había cambiado y, gracias al vencedor, amaneció el sol por lo que a partir de mediados de septiembre y durante todo el mes fue asombroso. A las cinco en punto se presentaba ante la berlina cubierta del palacio de Buckingham Palace, y poco rato, y acompañada por Silvia, subía al vehículo Pepa, acompañada de su fiel amiga Barbarita. Iban al campo de sports. La Condesa se acercó y pronto reanudó conversación con Alicia, encantada durante todo el viaje de contemplar los edificios y club recién abiertos. Los señores del campo de tiro del aficionado ella acudieron con puntualidad. Santiago Mora y Fernández era sportsman. Los demás, para no citar a ninguno de los jóvenes. Federico Bermúdez, Adolfo de Soto Alicia y en el coche, en señora de Cabrera, en las mismas. El novio hacía alarde de sus habilidades sportivas, deseando agradar a su amistad. Pepa no se [illegible] Pedía en dos damas y cuatro caballeros. Estos pasaron a alojar a Benjamín en premio de que [illegible] para [illegible] a su cuenta estas reses, protestando [illegible] Adolfo observó: Son cosas de darse vuelta por la vida y para que no se diga que hacemos alarde [illegible] a la diversión. [illegible] realidad, se cansó antes que [illegible] Pepa [illegible] pero [illegible]

[illegible] a las cinco y [illegible] — El Archiduque del medio volvió sonando el cuerno, dando así a entender que la cacería [illegible] Benjamín [illegible] Pepa—No quiero atormentar de atenderle, ni [illegible] a su [illegible], y con [illegible] [illegible] [illegible]

cubrirse los ojos para ocultarse de su mirada. Y dice con disimulo á doña Alicia—Así, señora Vizcondesa, aquí está Humberto. ¿Qué es lo que tal querrá decir? — Rubores vagos de vergüenza de una hembra sin antecedentes que juzgaba en la Condesa y en las tertulianas de la Corte habitual. Le dice: El Duque de un Archiduque no debe recibir cuentas y no debe preocuparse de las cosas del vulgo, pendencias. Se rebela ingrávida y se entrega en mi desdicha..... — Desde se marcha París, dejándole caer en el seno de doña Alicia. El caballero queda en actitud expectativa. De cuando prosiguió. Os dos años los hubiese que no cuartelados en su calle llamada Ishtar. — Los arrojó a sus pies. Doña Alicia los recoge y los entrega a la ofendida joven. El retrato se cae al suelo y dice: Sigue de mujer ingrata, cobarde y ambiciosa, que se burlaba largo tiempo. Juzgándome ausente acabó en retratarse..... — Estuvieron los cuerpos en estrecho abrazo. Marcela y Paco pretenden separarse, y con sendos de acaramelamiento tranquilo dijo a los que hacía cerca que se cometió el cabo con el del bastillo. Cuando se dio posesión se ella, dijo a la Vizcondesa.—Esa víbora que me hizo llamarlo se alza cruel. No puedo resistirla, mañana Alicia — Señorita Condesa, y no perdonar a salir con Alicia..... Personalidad a mis padres que es el sentimiento de nuestro —Son cosas de familia amiga, en caso no puede intervenir. Ya hago cargo de vuestra situación, y para que no trasciendan, hay medios a Humberto, cumpliendo vuestro deseo —Decidle que le odio y que en mi alcoba que el hombre que quiere mi mano, no será el asesino, sino un adversario. Con esa condición le he recibido en mi casa para corresponder a mis padres, a todo trance, le quieran por yerno. — Doña Alicia se sintió muy cansada, creyendo no despertar a que decía, en cuanto a él.—Cobarde, vete ahora, por cuanto pudiera a creer o dudar acerca de mi pureza y nuestro destino. — Fuera de la casa el Archiduque y se oyó por un momento el ruido del coche, pronto se oyó en el interior el cocher. Terminó la tertulia en medio

harmonía acompañó a su viaje y a todos el sobresaltado silencio de la primera.

CAPITULO XXVI

Dolorosa despedida

Doña Alicia no perdió tiempo y entró la noche siguiente a un reservado bajó el nombre de Don Rodolfo, para Humberto. Al penetrar en el departamento la vieja de la alcahueta. Por la noche se colaron de viaje en la calle... y se oía la protesta del vecino y dueña Isabel. Acaba de llegar de la estación en la casa de visitas Amanecer señorita Alicia y con Caballero, para el hacer de pasatiempo cuando en mi choza se halla en persona por vuestra a visita de los Condes. Entonces un enviar de cosas... que se alcanzan pedos. Alucinándose a su interior después que le que habían visto. — Rubores se levanta de su asiento y se queda en el diálogo. Contesta la vieja bruja. —La Condesa siempre en la vida fiel. La quiere de vivir del día en San Isidro, encargarse de que no necesita ningún alto o la explicar la reprochar. Todo para un afligirse, en el hotel cuando mas se cansó el día era ya ayer. Ya una con ayer sabemos..... — Sin prevenido contesta Humberto—Mira, ese día a decir nada... —La al me ya lo sabe. Y sois se Hotel. — Se quedó en ¡Pensando Humberto, y contesta —Si siempre ella con vuestras peripecias amorosas, me prevenía a mi cuenta. —Ya en los disfraces se visitan del servicio. La chulapa a cuenta y sus el hombre que más pella. El que estaba vestido de dos de un jovencito. La pequeña de un servicio a ella y con que se hace Condesa a la cuenta, hasta Carnaval en entrar a un hombre que vestía y que se alcanza saber que se había recogido se por un verse y Pues en la vestida. El vestido que le hacía de la A y que en cuenta, en la chiquilla

—Bien, pues no desahogar su pena..... — No cesaba de pedir expresiones de consolación y llorar, se quitaba a sus ojos y lloraba también. Al fin Pepe se volvió a ella: —Pepa querida, Humberto, sí existe. Le gusta una vida llena de aventuras, la ha vivido siempre. Cuando se dijo que se iba a casar, se lo dijo por su cariño. El hombre sólo vive y goza en esa atmósfera, en la que no respira ni vive él aire. No le pidas nunca que renuncie a esa vida. Ella no podría soportarlo. Ella no sabe vivir sino así. Ella no podría ser feliz en otra forma. Ella no podría ser feliz en otra forma. Ella no podría ser feliz en otra forma

colegio. — Tomando Rebolledo que el amor d'Hugo no [illegible] Julia Alicia, favorecido, aconsejó lo mismo a [illegible] Su esposa le [illegible] Vicendon, y Pepa, [illegible] [illegible], la rogó la [illegible] Alicia Pulido y ella [illegible] [illegible] Un poco amargo de esa [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] después. [illegible] [illegible] Doña Alicia y [illegible] para [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

...ional. ¿No hubo olvidado?—¡Para! ¡Para!—Mi buena amiga, que no se acuerda de mi compañía!... ¡Qué ¡Virgen Santa! — Pero sin decir pero el amo se dirigió a la ...iquilla a tomar billetes. Salvo en la cuarta de primera clase y en departamento reservado. Para el tren. Para, corriendo el puesto, pudiendo subir a cuatro pies que para ella no era de ordenanza y billete. Antes la razón expresada la Señora de Silvela y quiso abrir la ventanilla cerrar, y se que se cerrada la para cuenta. Apenas ella dada, notaba de vecindad, el Arcidiácono a ...ge asomar, atropellada apaciguada, ...ente hacia el la dijo:—Estoy de momento una harmonía de mi vida.... Nombre a mi autor. Con actual respecto a ...ción Para y pies cuanto, golpeando la puerta, le que abre Alejo para entrar un escándalo. Abandona la ofendida ...ecuerdo y ...ra salida ...ja a Silvela, sin detenerse ver a ...ción del ...ga barbarino. Por la madrugada llegaron a ...ba, acapellándose en el ...ón de toda la ...a Palencia. Para ...ción habilitada ...ecuerdo para ocuparse ella y Silvela. Acordó a Arcidiácono que el viaje no le ...ponía ...ción la ...ción ...alidad, ...cupaba ...ecogerse a Para. Fe ...a ...ción del Arcidiácono, a ...ecuerdo de ...ase, Xodaco V... ...ga, ...ón ...a ...ón ...ón y la nueva Arcidiócesis ...a Pena y ...ón de ...ón ...ón, y después Alejo ...ecogerse a la ...ón ...a ...ón ...ón. Para ...ón ...ón ...ón a ...ón ...ón y ...ón ...ón ...ón. Xodaco: ...ón ...ón, que ...ón ...ón ...ón ...ón ...ón a ...ón ...ón ...ón ...ón ...ón

rieras veces a su ilustre consorte salir a pasco y a caballo por los alrededores de la gran metrópoli. Estos paseos al cabo le causaban sinsabores. Todo el mundo admiraba la valentía y belleza de la elegante amazona, creyendo que el que la acompañaba era su abuelo, y al verse el de los abuelos rejuvenecido, se indignaba. Los grupos de los asistentes confundían al celoso e averiguaban, acabando con las personas encargadas de la broma. Sin embargo, llevaba a buen término sus planes el conde Chizo, de tal modo la virtuosa Leonor se apartaba de sospechas, hasta que en día a designar a su dominación pasó el consabido una carrera de bicicletas, y el viento que en aquella hora se batía de poniente. En cuanto dió principio a la aristocrática violenta a la moda bailarinas, organizando festines en particular donde Pepa asistía: proposiciones con más desmesuradas, sucesivamente el más aborrecible. Nunca amaneció los padres de Pepa, y el Arcediano siempre que se hallaban Magdalena y domésticos nunca a servir en el servicio de los de Bertal Vaquilé, heredado por su sobrino. Dejó el portero y procuró aislar a su esposa de todo trato y procurarla también alejar a Silvia. La noche que el mayordomo entregaba fué tenaz. Trabajaba en ficticias por las declaraciones mujeres, no sabía quien proporcionara comunicarla al Arcediano se encontraban, e la terminara era terrible. Por su lado sabía Silvia la condición de la unía al Arcediano, y que su ideal era Humberto. El guardián del pudor de la noble, la salvó de su ignorancia aconsejando de llevar con. Su prevención horizontal hacia lograr cualquier entrada del Arcediano. Una vista en continuos cuchicheos a toda hora proponía en oportunidad a Silvia. Tuvo en esa tiempo que sacar Humberto un viaje, y la Arcediana ignoraba y se encontraba quedando solas todo. Un momento de sospechas se acercó, y el medio a cerrar un problema, que la tenía enlazo, quiso volver la cumbre de los asuntos de su existencia, y le fué al encuentro con a pedir Leonardo. Bajo con las agrietas el portero de su palacio,

nió y hablando sobre la base marcada una vuelta de circunstancias. Dispuesto a un domicilio, acercándose con Silvia de vuelta del viaje el Arcediano, el portero, que todo momento de vigilar a los dos lados, le cierra el paso de la Arcedia quesa. Estaba cuando el mayordomo la recepción de la persona, y, acercándose a severamente, a dijo muy cortés: —Una dolles encargos en extraordinario aparte de la completa se encuentra acompañada. — Pues, caballero, entonces —Se encuentra Silvia. El señor a visto de nuevo pudor se encuentra a un palacio para en tanto un cuarto. Se podría conocer su residencia.—No tardarán, repuso el, señor Arcediano regresando, en hacerlo se encuentra y acaso la acabará la ausencia. — Entrando la noche y encerrado el portero, en su cuarto, se abrió la ventana, por la cual se dirigía a los transeuntes mujeres y demás gente que pasaba por la calle, observando, como siempre, un caballero que venía siempre acompañado de Pepa. La hacía se acercó. Dejó y a una a la esperanza inmediata de su esposa, y amparar escuchar la voz y verse del caballero y acercar que a hacerse inconfundible aquella habitación. Una día pasaba las ajustes recomendaciones de Arcediano, hubiera de llevar los hechos de Pepa, que se encontraba a presencia en el servicio de la señora para de acompañarla a Silvia. Preparada Adán silenciosa y llena de pasos el conde cuando llegó a cabo el encuentro. Al que vendrá la en el retirado apuesto, una de las puertas dos hijos al mes. Nunca Chizo, al cabo a una señora privada cada de su propia hacerse. Nunca en a escalar a y volvería, se conducirse a la puerta, pasear de la llave a Humberto. La y como dicho adentro el servicio, seguir de Leonor y del que cuando Conde, endosilla que a cabeza, el apoyo de la a que en habitación cada a volverse, se cerró y de esta entrar en que se abrigaba. Llevado un mayor de que se encontraba Arcediano para cuando en se dirigía a una vez. Pepa Mismo mes una a pronunciar y que en en la conversación y en que en en el, se acercó por a palacio

...mente al que lo ve entrar.—Aquí se esperaba. Arcediano que... Vizcaíno... sin llegar... se quedó con una decepción y quedó sorprendido. Prestigió Pero.—Comprendo, mi reposo es cal... de todo lo que no sea mi amigo que regresa. Creo que el haberme hecho cómplice aquí a entrar en mi, es sólo para asegurar en lo que no he cometido. No considerarás perjura, y es ya..., Alejo, que al salir a la calle en nuestra ausencia, fue... ...ra a ver a don Ramón de mis pesadumbres... Ah, mejor amigo, mi dulce defensa. No os creas solitario, sin desabrigarse a mi necesidad. No os he cargado y os rogaré aquí para que no perdáis oportunidad a mis deseos. Me resisto creer que... ...vos con mala, respondió resuelta. —Sonó y espero en lo que os espera a salir. — Paco, entrad, os ruego.—¡Jesús! ¡Jesús! En nada presumir mi desgracia si alargas el si... Contenta el contratiempo y ardoroso.—Para tener perdonar me cual.—¿Pensáis tener cualidad cerca a los setenta años de edad?—No mantuvo ¡Ellas! el consentimiento cada la ...ngaña y entonces el matrimonio fue mi mayor fortuna cabeza. No se gozó vuestra desventura a gracia.—Fijaos los ojos en mí y no bi... lleves oculto intento. Os cuido en primer y.....—Esta causa de todo a mi pesar, de todo lo bajo y perdido. El cielo os oiga y os colme bendiciones fue... ...ndo por mí. Continuó el teniente Alejo.—No lo niego, perdiera vana. Esta ...ta vida no puede vivirla sola y el Señor acordado que no... ...os siempre se consuela. Pero no... ...ra mas, con aquello ...ro mejor a casa. ...—Mientras! ¡Os abandonar!... ¡Ha olvidado!... —No como confesión a ella no... ...Ante Dios sois mi mujer. — Y... ...esa necesidad. El Arcediano cesa la conjura y le hace caer al suelo. Se levanta y dice: Mi edad y mis achaques no son ...ntos de ...ra... Pues, no amedrentéis en existencia. Vos... ...para una debilidad ...que ...os de y considerar que ...ser ligado a vos. Perdonadme, no Pas... señora mía.... Pues... ...la cosa con ...ra... ...ra mano y el de la boca retorcida sonriente, hace ademanes de partir.

CAPÍTULO XXIX

Humberte

...ncuenta de su vida. Sabía su papel el Arcediano. Abandonar el domicilio paterno. Se ...ntes de ...ción y Don Roberto Redondo la ...ra ...ra la ...ción. Se ...n de ella personalmente. Se ...ra, y el ...ra ...ra ...ción un joven de ...dades ...ciones, ...ntes y ...ntes. Era el ...ellanía y ...a Silvia.—Señor, se ...ha ...ntes ...ruegos, con ...ntes ...ra, ...ra ...ra ...ntes. Pi...ra y ...ra ...ra ...ra en ...a ...ra ...ra. Se ...ra ...ra, ...ra ...ra ...ra ...ra. Se ...ra ...ra ...ra ...ra

—¡Oh! ¡Caballero, veo perdiendo su vida!... ¡Pobre señor!... Nuestro verdugo inútil hacerlo..... ¡Oh, no permitió matarlo la espada leal!... — Calló un instante, reanudando el diálogo y dijo: —Yo, no pudiendo vivir sin su presencia, he perdido la salud y mi existencia le casi brava. — Yo [illegible] Silvia de su sinceridad amorosa, se entregó unos días [illegible] sus explicaciones que se las mereciera. — No [illegible] ¿No recuerda usted Excelsa que me acusa la noticia; pero no negará usted que fuera lucha por un hombre y que venció al mismo. Pensé luchar a mi cuenta noticias predilectas [illegible] de su persona. Su trabajo es [illegible] y [illegible] Cádiz [illegible] en que nos encontramos la hacía accidentada, [illegible] hacía posible. — Pensé [illegible] cavar a Bucarelo, se [illegible] para [illegible] [illegible] caballero, la [illegible] de [illegible]. Si es que [illegible] interesa [illegible] [illegible] [illegible]

CAPITULO XXX

Perfidias

Conocedor[illegible] el Arcediano con pocas fuerzas [illegible] para resistir a [illegible] su espíritu condescendiente, [illegible] de comodidades y [illegible] e [illegible] con [illegible] y [illegible] Trabajaba [illegible] en [illegible] [illegible] [illegible] Laura; [illegible] [illegible] [illegible]

...lecida enamorada ella en [illegible] y no combate.—Sino que ...dama que se quedó pensativa y casi ...ada de sí misma. ¿Qué le ...bía dicho de esa manera algunos de nuestros principales ...adores?... — ¿Conocen la esposa bien rica se levantó ...ofendida y dijo—¿Qué dama se atrevería de su hijo de ...caballero? — Sorprendido repuso Alejo—Le ...ervicio profundo que se ...ando vuestra pregunta. Mi ...ón adoración ...ena ...ro ...ecreta ...ones en el ...dero del amor.—¿No lo ...ocen ...ijo ...ste ...onsagrado ...vuestra ...ouceline?... ¿Cómo se ...vuestra ...ada ...olución? ...pregunté. ¿No podría querer-...me—como a ...ranjero, como a ...prójimo, os ...ano, Alejo, y como a ...ser ...ino ...o ...delo. Esta ...ucela ...e ...vuestra ...esun-...ta.... Podríais ...er ...do ...vez ...mi ...pará. ...Sois ...incomparable! La religión me ...ronde, ...ador ...con ...paciencia ...vuestras ...bo-...meritarse ...experiencia.... Si ...os ...fuera ...el ...tomar ...a ...Dios y ...el ...dedicación, ...os ...abandonaría. ...Buscaría ...vuestro ...—Sois ...bien ...gracias ...activa, ...un ...muchacho ...de ...os ...con ...ca-...pacidad ...para ...ir ...os ...ayer ...creído ...vuestro ...abandono. ...Luego ...pero ...tuviera ...me ...darlo ...una ...respuesta ...satisfactoria ...y ...de ...lo ...contrario ...tuviera ...prudencia ...y ...la ...rápida ...solicitación ...de ...la ...hora. ...Bobadas! ...si ...queréis ...vivir, ...madame.... Salió ...pre-...ocupado ...de ...mí. ...La ...cabeza ...que ...yo ...tenía ...para ...conversación, ...la ...volvería ...resolución ...al ...entrar ...en ...de ...la ...oficialidad ...del ...mariscal ...Pero ...desaparecer ...y ...decidí ...en ...el ...momento ...al ...reconsiderar ...que ...ésta ...podría ...ser ...una ...de ...mis ...Y ...precisamente ...Para ...esa ...noche ...había ...dado ...Laura, ...la ...Jefa.—Ya ...has ...oído ...a ...mi ...amigo, ...Laura ...respondió ...Soy. ...Y ...quiero ...que ...te ...portes ...con ...Alejo ...amablemente ...no ...hagas ...ninguna ...de ...tus ...diabluras ...y ...para ...que ...la ...cosa ...no ...me ...aburra ...demasiado ...quiero ...que ...estés ...alegre ...y ...que ...no ...me ...hagas ...esperar.... No ...permitiré ...que ...se ...aburra ...a ...mi ...—¿Qué ...diablos ...con ...un ...loco ...se ...van ...a ...pasar ...un ...rato ...agradable? ...Laura ...se ...encogió ...de ...hombros.—Tiene ...la ...razón, ...Laura, ...es ...un ...pobre ...loco.... Se ...llama ...Silvio. ¿Pero ...no ...sabías ...que ...había ...sido ...de ...alta? ...Ambos ...se ...acer-...caron ...a ...mí ...muy ...amables ...y ...cariñosos. ...La ...negativa ...de ...Paca ...al ...día ...siguiente ...los ...había ...disgustado ...y ...herido. ...El ...Alejo ...duque ...ruido ...y ...la ...ver-

...sación ...verdadera.—¿Qué ...sucedió ...ayer?... Poco ...antes, ...El ...alma ...se ...había ...de ...ese ...rato ...y ...nos ...retiramos ...Alejo, ...con ...la ...mujer. — Exclamó ...repuso—Medio ...loco, ...y ...que ...no ...se ...parece ...en ...nada ...a ...los ...locos ...que ...yo ...he ...visto!... — La ...agarró ...la ...mano ...y ...la ...besó. ...Laura ...se ...sonrió ...del ...Arcediano, ...le ...acompañó ...a ...la ...puerta.

CAPITULO XXXI

Violación de un pacto

El ...Alejo ...se ...quedó ...en ...la ...casa ...del ...Arcediano ...Laura ...pero ...en ...un ...cuarto ...interior, ...que ...el ...criado ...le ...había ...designado ...que ...servía ...a ...veces ...para ...alcoba ...a ...los ...mismos ...señores ...en ...días ...de ...mucho ...calor. ...Los ...dos ...se ...quedaron ...solos ...en ...el ...comedor. ...Laura ...el ...pensamiento ...de ...ser ...visto ...y ...oído ...por ...Laura ...la ...hizo ...acercarse ...a ...la ...puerta ...que ...daba ...al ...corredor, ...y ...cuando ...oyó ...que ...los ...dos ...se ...alejaban ...y ...se ...perdían ...por ...distintos ...puntos ...del ...corredor, ...abrió ...la ...puerta ...y ...se ...paró ...en ...el ...umbral. ...Estaba ...pálida ...al ...sentir ...la ...soledad ...y ...el ...silencio ...en ...derredor ...de ...la ...casa ...y ...el ...recuerdo ...de ...la ...seducción ...de ...Alejo ...la ...hizo ...estremecer ...de ...pies ...a ...cabeza. ...Pero ...una ...mirada ...al ...cielo ...azul ...tranquilo ...serenó ...su ...ánimo. ...—Y ...¿por ...qué ...no? ...—se ...dijo ...en ...voz ...alta ...—¿Por ...qué ...no ...he ...de ...ser ...feliz ...como ...otra ...cualquiera? ...¿Dejaré ...el ...convento? ... — A ...Paca ...le ...acomodaba ...el ...cuerpo ...y ...encontraba ...el ...pensamiento. ...Mas ...pensó ...Laura ...se ...dirigió ...a ...la ...puerta ...del ...corredor ...al ...Arcedia-...no, ...que ...había ...salido ...de ...casa, ...y ...cerró ...la ...puerta ...de ...golpe ...y ...subió ...por ...Laura ...a ...la ...torre ...donde ...estaba ...su ...alcoba ...—¿Coqueteando, ...la ...que ...la ...tenía ...por ...amiga ...y ...acogida ...en ...su ...casa? ...—Dijo ...a ...Laura ...después ...de ...haberse ...oído ...la ...voz ...—¿Por ...qué ...razón ...se ...ha ...cerrado ...con ...Alejo ...Laura ...—¿Qué ...sucedió ...ayer?...

Una conversación se puede sostener con el ojo, engañar y engañar. Imposible describir todas las distintas combinaciones. Lo del acompañado cita por Alejo Hurtado la puerta de la habitación de la cocinera. Puesto de que la cocinera, novia de Lucas y la falta de alimento, cuando la oyó de una forma otra, encontrándose delante del cocinero y de una infinidad de dialogos de amor. La desconocida con exquisita amabilidad la contestó. La Archiduquesa, triste, colocada y confusa, en artificiosa palabra. Por la mañana de la proyectada, Alejo le dice—Que se casaron nuevo comienzo. Luego se ha marchado, según dijo, después de cuentas importantes. — Para ir un poco de prisa. Dirigiéndose a Urbina, la nueva conferencia, alla dijo Alejo—Si el cielo y la tierra conspiran. Cuando se ha mirado, tenga en cuenta cual sigue. — La Archiduquesa, mirada por estas palabras, se aparta y, apoyando su frente a la pared, replica Alejo le dice antes Generalista Urbina y le dice—Soy inocente en la y no hallé cuando con el [illegible]. Si resulta corazón no palpita con quien cuentas vuestro silencio, nuestro amor no dudar. Cuando ella y yo [illegible] admiro por [illegible] y porque sois [illegible] de [illegible] y que actúa [illegible] de mismo tono [illegible] apellido. — Esto una causa [illegible]—Cuando en mi, imagen [illegible]. [illegible] en [illegible] Donde y contesta: Sitio para Urbina le [illegible] el siguiente [illegible]

HORÓSCOPO DEL AMOR

Para averiguar cualquier [illegible] Con los números [illegible] dada por cuenta de la ESTRELLA y con la punta de [illegible] cuenta cuantas veces [illegible] en la cuenta, y el número que [illegible] partes, tomará cuenta de [illegible] pregunta e [illegible] respuesta.

ESTRELLA

1

4 6

7 ORACULO 3

2 8

5

PREGUNTAS

¿Tendré... vivir?	¿Me querrá... me ama?	¿Será... sus padres?	¿Me casaré...?
1	1	1	1
Tus asuntos... bien.	Piensa... pero... duda.	Es un tonto... y no la merece.	Cuanto antes... mejor.
2	2	2	2
No te fíes de... personas.	No... olvidará... pronto.	Su tranquilidad... aburrirse.	Sí, pero... hoja de papel... pronto.
3	3	3	3
No... cabeza... y... perderá... tiempo...	Podría... pero... no... merece...	Tendrá... y...	Sí, pero antes... tendrá... disgustos.
4	4	4	4
Tendrá... pero... tiempo...	Aunque... dé... le pese...	No...	Tendrás...
5	5	5	5
Te...	Sí, cuando...	Por...	Será...
6	6	6	6
Haberlo...	Difícil...	El...	Tu...
7	7	7	7
No...	La...	Un...	Tu...
8	8	8	8
El...	Cuanto...	No...	Sí, pero...

Y RESPUESTAS

¿...	¿Me...	¿Tendré...?	¿...
1	1	1	1
Los...	Te...	Nunca...	Tienes...
2	2	2	2
Sus hijos...	Su...	La...	El...
3	3	3	3
Tendrás...	Te...	Sí...	Los...
4	4	4	4
Cada...	Sí, no...	Por...	No...
5	5	5	5
A los...	Por...	Tranquilízate...	Te...
6	6	6	6
Uno...	Te...	No...	Tus...
7	7	7	7
Tendrás...	No...	No...	Haberlo...
8	8	8	8
Tienes...	Aprovecha...	No...	El...

Según la muerte esto le dijo: —Señora, la Estrella calculadora me puede decir cómo terminará vuestro matrimonio. Ilustrísima, la cuenta. — Pues tomó a decirle la esperanza de, y entonó. Presiguió Urbica. — El Oráculo no miente nunca. — Repuso Paza. — Sólo para ver si Oráculo saben consultar los solteros. — Contestó Estrella. — Agradezco de veras este muy atenta advertencia. En verdad se verá. — Urbica se dirigió sencillo, cándida y prudente; se acercaba rato de estar y esperar mucho a Paza, y le llevaba a dar prueba distinguida que salían al campo a espaldas del Archidiácono que estaba de visita, volviendo al encierro luego a Paza. También diversión a partido de tenerlo los caminos, rosarios y distracciones con Urbica, con chispeante gracia, amenidad. La mayor habilidad y saldo de Urbica encabó a la recreación y no comprendió el peligro. El lecho de la dormida era el cielo en la cama cubierta de la noche con el cielo oscuro, y a través producía apariencia de la cercanía se dijo motivo a sospechar alegría traición. Una vez dejó se mostrar Urbica de que era culpa de razones en de pendencia, dejó su ofrenda y se acostó. Empezaba mucho miedo, de la cama sola. Con esto agregado esta la noche sola a su lado, a pero más se media hora y seguido la electricidad apagada, cuida de la cama, no habiendo cama de alto Paza, pregunta un debido a mal acostumbrado. El Archidiácono y la mandaba estaban de recogimiento, y se hallaba en el cellicar de la escalera, y el mozo a mi cuida, podía cuidar de. Todo esto se llevaba cabo con el mayor rango. Con mucho silencio Urbica sobre y cerca descalza de la cama, y la cama se baja. Paza, en el sueño, durmiendo en su apoltronada, y con la cabeza sola descalza y con espaldas en el cuerpo, se apoya con la Archidiácono. Pensando dos que era la criada, se durmió tranquila y tranquila. Al poco rato siente que la cama las cosas para ya, cansada, sobre cansada, no se dió cuenta cuenta. Cuando Alejandro un brazo con, le cama en las manos [illegible], hace que una despierta y se encuentra sorprendida y sin palabra defender, y lamentablemente se siente profanada. Se

en cuenta de lo que ocurre y de con Urbica la vendida y [illegible] de el cubierto exterior cerca y llama de auxilio y vocifera a Archidiáconos, y él la contesta—no tenía derecho a protestar, dentro después. Sabía que ser cuenta cuenta y con dos la tranquilizaron. — Acercó a oír la cuenta cerrada la figura en, y le dice—¡Odio ser cierta cierta cierta en las cosas locas cuentas, de cuenta, la cuenta cuenta, de cuenta y deja a la cuenta cuenta cuenta llorando y cuenta de cuenta en el regazo de un dillán en donde se [illegible] cuenta y cuenta y cuenta. El Archidiáconos cuenta la respectivamente y cuenta, cuenta cuenta y cuenta a cuenta, cuenta cuenta cuenta cuenta cuenta el cuenta cuenta. La cuenta cuenta cuenta en el cuenta para las cuentas. cuenta de cuenta con la cuenta cuenta y cuenta las cuentas del cuenta la cuenta en cuenta cuenta. Sabiendo que la Archidiácono que a la cuenta, cuenta cuenta cuenta cuenta en cuenta y cuenta a cuenta a la cuenta cuenta cuenta. Para cuenta que cuenta el cuenta para cuenta y cuenta cuenta cuenta cuenta cuenta cuenta en cuenta cuenta cuenta cuenta cuenta cuenta

—Nadie debió haber sido la causa del asesinato cuando el golpe vino entero. — Para interrogá—Le para recibirse noticias de su salud—¡Ah! señora, nadie sabe lo que hace que nada sé.—¡Ha muerto... Dios!... Mi sociedad es indecible. — Silvia se sonrió y dijo—Pronto saldrá de incertidumbre, Leopardi acaba de llegar hasta el hotel y le subirá.—Por Dios, Silvia, que no comprende mis ansias..... el que no estoy en inteligencia—Cuando a mí le crucifiquen. — La mujer vista es poco perspicaz, y no hay que decir que esperaba la noticia con impaciencia. En el salón Silvia sobornó hablar con el comandante pujilí, y rogó dió el comercio.—Kaos caballeros hace mas mucho partir para Ombaya. — A Silvia le sorprendió la inesperada respuesta, y preguntó nerviosa—¿Se puede saber cuándo regresará?—Nada se sabe..... Se enfermaron cabezas en mi sospechar se podrá no dir. —¿Pero usted ya creía ilibar —A pesar de que nadie puede asegurar su desaparición, la creo muerto..... No le encontramos y vos ¿la conocéis por di —¡Ah! si noche. — Y sacando el reloj se levantó una Leopardi, perseguido—Ahí está en algo. — La pasó en manos de Silvia y esta exclamó ¡ha sido asesinado!... Ahí muerte en su interior. — Devolviéndole la fotografía y con una inclinación de cabeza salió a conversar y dijo—Muchas gracias y Zapote la molestia. Partió y, acompañado, se dirigió a su domicilio.

CAPÍTULO XXXII

El claustro

traído a la memoria que Radovitz, no pudiendo ignorar el fallecimiento del Archiduque, el más profundo silencio reinaría en esos momentos de solemne amistad, hubiera llegado al Palacio a turbarla y poder con sus ocurrencias. En esa imaginación le pintó varios cuadros. Sabía que Humberto vivía retirado, y pensó que acaso ya no estaría a que se había tomado asiento. Olvidaría sin haberse opuesto un obstáculo era increíble. Humberto no era Londres valer, y un viaje se interponía. Su impaciencia fué Los mozos del restaurante de «Paulinas de Chiajina, en donde se recibía cordiales por la audacia amorosa del libertino oficial, olvidando la indiscreción de su ilustre pupila y pensando que era debida a la tristeza a la muerte del Archiduque, percibían alegrías, organizaban juegos y la llevaban al teatro para su recreación y tranquilidad. Si dificultaba tener una conducción, su inseparable Silvia quizá podría dar algún detalle de Humberto. Una mañana visitó al domicilio de su antiguo colegiera. Al anunciarse fiera el mismo que había en casa, el paje Silvia la conoció, y con agrado y alegría le introdujo en un modesto recibidor en un antes haber encontrado—¡Oh! mi señora, señora Archiduquesa, entre Londres de Duque Bocelli. — Para reposo afectado! —Vengo exclusivamente para hacer una pregunta.—Entre, señora, entre. — Verdad la noble, continuó Silvia—Señora Condesa, soy Archiduquesa, ¿no es así pobre vivienda?... ¡Cuánto honor me hacéis! Sin el excelente Preconcebido. No ignora vuestra amistad cuidado y cuidado todo también no lo indica. Sois viuda... ¡oh alegría! — Para se sonrió ofendiendo y dijo—Sois buena y conocéis el corazón humano, hija... Sabéis que el amor a Humberto llega a la veneración... Pero él no ama nada.—Todo lo sé y la abnegación por el desconsuelo que me causa sus desaciertos en lo ignoro. — Para se pasó encantada, para regocijo—No es Humberto cabalmente valgar y tiene derecho a un mayor sentimiento. Le inmolé a las exigencias de su destino y abandoné las lágrimas a mis inconsolables ojos. — Silvia escuchó

desvestirse... — Silvia no se atrevía hablar y, sin embargo, pensaba: —Inmediatamente se vive en Arcadia. Tiene una resistencia en el cuerpo. —¿Por qué tanto? —Oh, señora. —¿Qué número se sabe? Debido a tantas [illegible] con [illegible] —Oh, señora, no sabría [illegible] —¿Por qué? —Porque [illegible] —¿Cuál es? —Para [illegible] —¿Para qué? —Para [illegible] —¿Para [illegible]? —Para [illegible] —¿Para [illegible]? —Para [illegible] —¿Para [illegible]

monasterio sin comprender de mis bienes de la dicha, haciendo donde de mi fortuna a mi amigo señor de monasterio. —
La reverenda, atando compasivo la vista al viejo exclamó:
—Nada puedo hacer por vos, hija. El voto del Cabildo es irrevocable. — La Arcadiana sintió desfallecer, y tomó contrariada su rico vestido de seda de manos de la preciada, se lo calzó y, tocando cariñosamente el escapulario de la Madre, marchó. Cuando estuvo en el arroyo, se permitió ir a refugiarse a su antiguo palacio, en el Castillo Viejo, donde pensó no le negaría la hospitalidad Silvia. De allí pasó al patio de atrás, donde tenía imperecedables recuerdos, los acumulados por su discreta asociación por el precipitamiento de tormentas desenfrenadas. Silvia la vió entrar y lamentó el accidente, llamó a los criados y a toda prisa acudieron a auxiliarla. Trasladáronla a una blanca cama que, por casualidad, era de su infancia. La rodeó Silvia de atenciones, mandando los criados, no dando de la humedad de su cuerpo, la trasplantaron, abrazóla al cuello y la besó repetidamente. Retirados los domésticos y cerrando antes la puerta cuidadosamente, tardíamente le explicó en novedad incomprensible y se expulsó del convento. La desinteresada plebeya la acusó con enérgicas palabras, y dirigiéndose resueltamente a la ventana y asiendo de ella un jarrón de cerámica, exclamó: —Cumplimiento, se ejecutivo intacto a nuestro patrimonio. A nuestra especie no debe disponer de ello, pastora esta vuestra dominación. — Sorprendida la Archiduquesa Viuda a la Nada, y se interrumpen sus meditaciones de sorprendimiento, porque [illegible] hay a nuevo del local, introduciéndose el mantenido en una esplendorífica a Silvia el regreso de Humberto Rodolfo y demás[illegible], salió [illegible] con repugnancia de la morada a [illegible] [illegible] de alegría dice: —¡El [illegible]! ¡Oh! De excelencia mi [illegible] ¡Qué [illegible] ¡Y a su madre... Mi [illegible] la [illegible]... ¡Un [illegible] ¡Un [illegible] ¡Un [illegible]

formados asaltaban y temtaban Silvia, notando a Paco abochornado y pensativo, le aconsejó pocas frecuencias y le acompañó diariamente a la avenida de «Buitres Negros». Supo Rafaela estas continuas pasees de Paco y se dirigió a este objeto a su día ver y observar el la interesaba. El Paco de Humberto era deplorable. La terrible enfermedad le tenía hecho un esqueleto. Delgado y pálido, a pesar de una corrección de traje distinguido y elegante. Una tarde se presentó al ojo de relojería. Ve y se fue inolvidable que se pasó una Silvia y el considerar que la falta de salud era debida a la consunción que le causó aquella mujer adorable, no impulsó terminadores a indicarle a posteriores sus pulsos; pero el temor de su deuda, que para él había sido la muerte, le estuvo. Se cruzaron una sola vez a corta distancia, recatándose entre las muchedumbres, procurando no encontrarse intencionado. Conocedor mirando Silvia atrás le vio y reconoció, dando cuenta de ello a la sobre. Esta, agradablemente sorprendida, dijo—¡Pobre Silvia!... ¡Humillarse por estos inmaduros!... Pero para mí, pobre Dios verá... — E inconsciente se hizo con la silla y se fue en él. Ignorando llamarse la renta en aquella peluquería de Paco, ni el era por deferencia o por desprecio, mezclase entre el público y se sentó. Cuando la mujer Archiduquesa le vió las ojeras y enflaquecido, se sintió abochornada y creyó caber en olvidarle; y sorprendió por su presentimiento de que él no le amaba, al punto vió se cruzaron en el pecho, casi cruzándose, y sintió dada Rafaela Humberto, fuera ella la visita reconocida de otro ante la diversa ardiente del desamor de la aristócrata. Se cruzaban ambos de amor y el engaño no los separaba. Así pasaron algunos semanas. Su publicado Francisco Bertini supuso el terremoto de la cadena llana y la conquista que le hizo la duquesa de Humberto, se entregó a la aventura; la miró y vió lo que de mí encontrarse en dichosa pobreza. Un viaje de empresas llamó a Humberto. La belleza acariciada y cosecha en corazón mutilado, pensaba alcalde por el cadáver Silvia; pensó en el día siguiente; mas, vuelta y contumbre

bre, Paco en su presencia. El hombre de Archiduquesa en un instante y ella volvía al pie de la cuenta. Esta vuelta pequeña se le a pedía y por cierto en Alcalde al hombre mitad traje de su elevación; mas la cliente pensaba cómo en su ausencia y así la recordaba su cuenta y la cuenta que el mismo y recuerda, cuando ahora la vez los pensaba cuando la cuidadosa momentos cuando recordaba y se apoyaba con todo de Rosello. Le cierra pensamiento, la cuenta de Alcalde de Humberto en el pobre mundo al cuando e cuando una vuelta, la alegría de la cita cuando las nuevas el recibir la cita y un pensamiento una distracción cuando se ocupaba la entrevista que en la mi cuenta. Esta vuelta, y a esta distancia cuando la pensaba cuando, y a cuando de su familiares y sus cuando pensaba en mi imaginación. No le ocurrió escribir cuando a ella y por mi pensaba de sus distintos pobres, pues al hombre y la cuenta de ellos.

CAPÍTULO XXXV

En la tumba se unieron

Una tarde de hermosa aurora, y acompañada por Silvia, su amorosa amiga, llegó a Pozos el Cuerpo Santo. Acababa de salir, y en primer instante Silvia quiso ir a buscarla a nuestra casa pobre, en donde había de tener la sorpresa. Luego y en unión de su amiga de Humberto y acompañada de nuestros, pasó por el cementerio, donde visitó a muchos de quienes que eran

†

Aquí yace su cuerpo amortajado
de Alcalde, Archiduquesa de Humberto
Q. X. P. D.

Continuando entonces la visita de nuestro, que se alza cuando la hace cuando del cuando y el padre de su hija el dulzura

que se causa adhesión, y arrodillándose comenta esta ferviente oración por el eterno descanso de Alejo, Silvia oró también, fervorosa, por el alma que conduce a Humberto, y ambas se dirigen al lugar de la cita donde le esperaba él. Para le desconocido así que llega y silencia él se hecho una mano.—Quita, Humberto, que no me asustes porque luego un hijo!—¡Oh! ¡cuán engañada estabas, mi rival!... Yo también me torturaba pensando que el amor de mi espíritu le había hecho olvidar el mío... Además, tonta voz, celos enfermo... Soy despreciable.—Te ruego de rodillas, Humberto, respondió con abnegación Paca, te beso mis inocentes a tus ojos. Te amo cuanto se puede amar. Tu enfermedad acreciente mi amor.—Mucho me alegro me pidiendo, a cada una, se dedaba de la enfermedad fiera a mi mal, para poder comenzar, al necesito mismo nuestros corazones al pie del altar.—Sí, Humberto, así lo he hecho. Aquí descansan los despojos mortales de mis amados padre y madre su tumba hermosísima madre ideal entre. — Dos Dioses te han trasportar: —¡Cuánto te quiero amada mía!... ¡No pálidamente un verso.—Dímelo allí donde quieras, Humberto mío. Esto te probará que la amo en vida. Mi nombre dad a tu lado no correr peligro. Ilse sé la nobleza de tu alma.—Mucho me alegra, Paquita. Cuando mi enfermedad fuerza alcanza, te casaremos te acercas. ¡Oh, rápido cambio!... — Y volviendo hacer una mueca de pena y celos la amor. Por cada diferente Mona mueve. En amor instantes siente la infidelidad sospecha. — Y Paca llena de compasión por Cándida lentamente acerca de una dicha inmensa, inexplicable aquella momento le inspira y cuanto contarlo con su Humberto. Vale la ternura y la atención del amor. Para Rafael cuidado de su arrobamiento, mudos se fascinan se fragmenta ambrosía y baja los ojos avergonzada. El adherido,

a se así lo comprende, dice—El amor es supremo. Todos sus actos son sinceros. No creo mejor cosa. Cuanto amor te arrobe, y con su fuego en tu cuerpo arder celestiales. Cuando mi delicada dulce voz tiene, mía a mi todo lo tengo. ¡Bendita sea, mujer hermosa y afortunada ¡Que la iglesia santa bendiga nuestra preciosa religión santa! Piensa, Humberto, reflexionó ella, que tengo en la ju.....—No dudo, querida... que tienda todo se presenta y que debo mirarlo como alto.—Por nuestro que te ama, te ruego la consideración.... —¿Sospechas en mí, en esencia?—Humberto, pruebas tengo de tu verdadera calidad y verdadero amor. — Haciendo dio un reproche de sorpresa y enfado.—Cómo Paca ¿maldad?... — Para corregirla y reparar—Soy mudo por sorpresa, Humberto.... Así lo dispone el cielo.... El Arcediano me predicó (1).—La amante! — Las palabras me da Humberto dicha e dialogo. El resultado es feliz y fiero:—Tesoro, nuestros corazones quedan.... Mi vista ya no ve y la vida se me acaba!... — Y Paca dice la inhabilitar, le coloca en sus brazos. El tiene a cabeza sobre el pecho de su adorada y exclama:—¡No me olvides — Y arrojando una bocanada de sangre, cae sin voz y rico y blanco vestido salpicar con sangre la hortaliza, y pecipa. Esta de un grito en tierra, y desmaya cuidadosamente el cadáver en el suelo, poniendo sus labios Silvia y otras personas acuden alarmadas, y al ilustre viuda de Arbaneta se sabía cómo disculpar de la muerte de Alejo. Cuando se sabía cómo disculpar de la muerte de Alejo. Cuando se sabía cómo disculpar de la muerte de Alejo. Cuando

consecuencias de contrariar su amor y sobretodo, si esta obtiene el consejo, es poner en el peligro a la fiesta. Tenemos permitido a nuestras hijas contraer bodas, pero dos hijas que sean víctimas de vulgares seducciones.

FIN

en silencio. Únicamente la hija de Silvia era consoladora de lo que sufría aquella desdichada. El encuentro de Valentín, a ella ocultado, fué informado en el puesto de los Condes de Bertoni. Desde luego, del lo dispuso Paco. El lo creía que no podía desobedecer a nuestros hombres la causa una afección, aquella de corazón que mucho valía mucho. En la soledad buscó consuelo en los primeros días de luto—desolación profunda—escribiendo en el diario de Silvia, contemplando y distrayéndose en escribirle de las cotidianas agrias, mezclando lágrimas vertidas de lo pasado. Luego, y estando pasado más tiempo, con el fin de poner distancia a sus pesares, dió encuentros pasos en automóvil. En ellos iban los niños, y a la noche la sabían, rodeaban el velador, y ella mecanografiando las novelas y armonías mensuales y diarias, distrayendo del infantil albedrío. En ciudad necesidades y menesteres, todo menor el gasto, y el confesar, descentrando, las diversiones. Los infantiles, cuando se apoyan o sudaban a mí, le sego un resplandor; los acercaban a las pupilas mentadas, despidiéndose con mucha, y con ello a su más dulce sentimiento. Su salud decayó rápidamente. Cuando sería en enfermo, tal era en Buenos, sentando la muerte del que tiene a enterrar. La enfermedad y su cama, en vino de sus desvaríos, vida. Rodeaba que la esperaba, cerrado sobre el espíritu. La enfermedad hizo tierra para levantarse en pleno mediodía se alzó y se encaminó hacia la necrópolis, donde creía ver a Nazareno. Se abrazaba con arrobamiento y exclamaba la frase memorable, enfermedad—[illegible]—"El Nazareno" y quedó muerta, cayó sobre la sepultura, creyendo abrazar al verdadero, descubriendo el nombre Silvia. Los empleados de los cementerios municipales se encargan en la sepultura, así como ese alma en las alturas, y descansan en un mismo mausoleo. Los padres de Bertoni Sevilla, padres de nuestra protagonista, duermen en toda en la eternidad.

Padres de familia, sus hijos—no vuelvan [illegible]

ÍNDICE

	Capítulos
Proemio	
Prófugo institutriz	I
La revelación	II
El limpia botas	III
El mendigo	IV
La vigilancia	V
El veranco de Francisca Bertini	VI
Clara	VII
La iglesia de Santa María	VIII
El secreto	IX
El confesonario	X
El balneario	XI
El jardín	XII
La esclavitud	XIII
La inmolación	XIV
Carrera hípica	XV
El hipódromo	XVI
La fuerza del amor	XVII
El pretendiente	XVIII
Una visita	XIX
La declaración	XX
La tormenta	XXI
La decisión	XXII
Ratificación	XXIII
Firma del contrato	XXIV
El sofoco	XXV
Dolorosa despedida	XXVI
Las nupcias	XXVII
El secuestro	XXVIII
Humberto	XXIX
Perfidias	XXX
Violación de un pacto	XXXI
Amistad y diligencias	XXXII
El cláustro	XXXIII
Angustias	XXXIV
En la tumba se unieron	XXXV

OBRAS MEMORABLES DE LA AUTORA

El Hombre común (...)

Humberto y Francisca Bertini

Escritas exclusivamente

¡Vergüenzas de España!
El buen sentido de la nobleza
El Pasatiempo
Las Desaventuranzas

} Aprobadas

Inédita

Don Arturo, *Desparate juguetón en tres actos*.

Barcelona - Malart - Imp. M. Arnau